Amor de Salerno

OBRA TERMINADA

EL ANILLO DE SATANAS

(MEMORIAS DEL REINADO DE FERNANDO VI)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS

CONDICIONES DE LA PUBLICACION

Esta interesante obra, que consta de dos tomos, se repartirá por cuadernos de 32 páginas, en buen papel y esmerada impresion.

Sin embargo del lujo de la edicion, el precio de cada cuaderno sólo será

UN REAL EN TODA ESPAÑA

Se repartirá un cuaderno semanalmente; pero los señores suscritores que en vez de un cuaderno quieran recibir dos ó más, pueden indicarlo al repartidor y serán complacidos.

LÁMINAS DE REGALO

En el trascurso de la publicacion, recibirán los señores suscritores excelentes láminas, que representarán los principales episodios de esta importantísima obra.

Está terminada, y su precio es 56 reales en toda España.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—Administracion: calle de la Esgrima, núm. 2, 2.°, donde se dirigirán todos los pedidos y reclamaciones.

Num. 128

COMEDIA FAMOSA.

EL CONDE DE SALDAÑA.

DE DON ALVARO CUBILLO.

PARTE PRIMERA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

El Rey Don Alfonso.	*El Conde Don Rubio.*	*D. Bermudo, Cavallero.*
El Conde de Saldaña.	*La Infanta Ximena.*	*Abenyusef, Moro.*
Bernardo del Carpio.	*Doña Sol.*	*Monzon, Lacayo.*
Don Gaston, Cavallero.	*Un Alcayde de Luna.*	*Dos Soldados, y Musica.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Bernardo del Carpio, y su criado Monzon.

Monz. OY, que la Aldea has dexado
donde intratable has vivido,
y à la Corte te has venido:
oy, que en Palacio has entrado,
y el Rey honra con mercedes
à tu Padre, y mi señor,
para lucirte mejor,
ceñirte la espada puedes;
que aunque te vì muchos dias
en la montaña en que estabas,
que las fieras sujetabas,
y sin armas las vencías,
no perdonando ambicioso,
terror de aquella maleza,
del Ciervo la ligereza,
la ferocidad del Osso:
en tu edad, y aqui está mal
sin espada un Caballero.
Bern. Sin que mi Padre primero
lo permita, no haré tal:
oy le pediré licencia,
y con su gusto lo haré,
puesto que es mi Padre, y que
se le debe esta obediencia.
Monz. Ha cuerpo de Dios con tanta
humildad! espada pido,
si ya no es que has venido
por Menino de la Infanta:
en tu espiritu gallardo
extraño esta cortesia.
Bern. Ya conocerá algun dia
el Mundo quien es Bernardo.
Monz. Tu Padre viene contento,
y del Rey favorecido,
la sopa te se ha caído
en la miel para tu intento:
llega à hablarle, satisfecho
de tu amor, y tu razon.
Bern. Jamás le pedí, Monzon,
cosa, que por mi haya hecho.
Monz. Yo lo creo, pues en duda
siempre lo bueno condena,
y para hacer cosa buena,
aun el nombre no le ayuda:

A per-

perdona si claro, ò turbio
mi lenguage no te quadre.
Bern. Mal nombre tiene mi padre?
Monz. No se llama el Conde Rubio?
mi capricho no te assombre,
porque en qualquiera ocasion,
de perlas viene el chiton
por no decir tan mal nombre.
O, qué mal nombre! mal año,
y tu has de llamarte assi?
Bern. Si ya su hijo nací,
he de tomar nombre extraño?
Monz. Bueno es, que tras un diluvio
de hazañas que de ti espero,
muy vulgar, y muy casero,
te llames Bernardo Rubio:
no viene bien. *Bern.* A tu humor
tan buena locura igualo.
Monz. Ello bien puede ser malo,
mas no puede ser peor.

Sale el Conde Don Rubio.

Rub. Qué estais tratando los dos?
Monz. Miren qué falso que viene! *ap.*
Rub. Este bastardo me tiene *ap.*
enfadado, vive Dios.
La soberbia, y el desden
nacieron con él (qué enfado!)
pues con haberle criado,
no puedo quererle bien.
Que como en ofensa mia
nació (digo de mi amor)
aunque con tanto valor
la Infanta de mi se fia,
de suerte en mi pecho lidia
aquel antiguo pesar,
que aun no he podido olvidar
ni los zelos, ni la invidia.
Quise à la Infanta, y atento
à su amor, lloré desvelos;
no me oyó, y de aquellos zelos
aun dura este sentimiento.
Este piensa que es mi hijo,
y pudiera conocer
que no lo es, solo con ver
que en su presencia me aflixo;
porque el amor paternal
jamás se pudo encubrir:
mas como ha de discurrir
bien, el que nació tan mal?
Bern. Señor, ya sé, que ofendido
te muestras siempre de mi,
mas ya en tu casa nací
sin culpa de haber nacido:
Bien que culpa llega à ser
nacer con desdicha igual,
porque es culpa original
en los hombres el nacer.
Lo que à suplicarte vengo
es, que supuesto, señor,
que no me falta valor,
y años suficientes tengo,
permitas, y dés licencia
(si mi aliento no te enfada)
para ceñirme la espada,
que en esta humilde obediencia
à mi sangre satisfago,
y debes reconocella,
pues pudiera yo sin ella
ceñirmela, y no lo hago.
Rub. Espada? pues aun no puedo
sin ella, y con la razon
temblar vuestra presumpcion;
y sin verguenza, y sin miedo
buscais ocasion mayor?
Bien parece (estoy sin mi!)
que sois: mas quedome aquí.
Bern. No soy tu hijo, señor?
Rub. Qué gentil rapaseria! *ap.*
pues sabed:: *Bern.* Fortuna escasa!
Rub. Que no ha de haber en mi casa
mas espada que la mia.
Monz. Tome esso; mire si obra
la purga, mira si brama,
contra el hijo: él no se llama
Don Rubio? pues basta, y sobra.
Bern. Tan malo es tener, señor,
à tu lado un hijo honrado,
que puesta la espada al lado,
mire por ella, y tu honor?
Tan fuera vá de camino
ceñirme la espada yo?
Qué Padre no se alegró,
por Natural, y Divino
Derecho Comun, y Usado,
de ver su imagen, y ver
restituído su sér
en el hijo que ha engendrado?
Quien no quiere ver copiada
su persona toda entera,
desde la calza à la cuera,

des-

desde el puñal à la espada?
Solo tu, cuya passion
llevandote à ser ingrato,
gustas de ver tu retrato
con aquesta imperfeccion.
Y dudo, quando contrasto
el rigor en que me aflixo,
si soy, ò no soy tu hijo,
si eres padre, ò si padrasto.
Quien los exercicios trueca,
de su mismo sér se enfada:
yo naci para la espada,
como otros para la rueca.
Y vive Dios:: *Rub.* Imprudente,
baste ya, que ver no quiero
en vuestra mano el acero,
que se acobarde, ò se afrente.
Bern. Acobardarse en mi mano
el acero? *Rub.* Si rapáz,
que ni valiente, ni audáz
puede ser el que es villano.
Bern. Luego yo villano soy?
Rub. Mucho aqui me descubrí: *ap.*
yo puedo hablaros assi.
Bern. Claro está, y por esso doy
à mi espiritu gallardo
reportacion tan felice,
que à ser otro quien lo dice,
se acordára de Bernardo.
Mas bolviendo à hacer la cuenta
conmigo, hallo à consolarme,
que no puedes tu afrentarme,
sin tener parte en la afrenta.
Porque à ser de otra manera,
antes que lo pronunciára,
la lengua se la sacára,
vive Dios, à cuya fuera.
Rub. Esta arrogancia insolente
pretendo yo castigar.
Monz. Mal sabes, señor, llevar
una inclinacion valiente.
El Rio mas caudaloso,
con la maña puede ser
vadeable; y el que ayer
fue soberbio, oy es piadoso.
Las prohibiciones fueron
causa de impetu mayor;
dexale correr, señor,
por donde todos corrieron.
Vadeale con descanso,
que es Rio, y ha de parar,
como todos en el Mar;
no le oprimas, è irá manso.
Rub. Su desverguenza, su mengua,
de ti la pudo aprender;
pero yo sabré poner
una mordaza en la lengua
à entrambos. *Bern.* Mira, Señor::
Rub. Qué castigo hay que no os quadre?
Bern. No es possible sea mi padre *ap.*
quien me habla con tal rigor.
Monz. Ni quien Don Rubio se llama,
puede, por Christo Sagrado,
ser padre de un hombre honrado;
llamase Rubia una Dama;
y no sin causa me quexo,
pues nadie puede dudar,
que es mina de rexalgar
un Don Rubio, ò Don Bermejo.
Rub. Me respondeis?
Monz. Quien responde?
Rub. Villano. *Bern.* Tu hechura fuí.
Rub. Idos todos de aqui.
Bern. Ya me voy.
Sale el Rey, y acompañamiento.
Rey. Qué es esto, Conde?
con quien el disgusto ha sido?
Rub. Señor: ahora me vengo. *ap.*
Bern. Yo, señor, soy quien le tengo
indignado, y ofendido:
mi padre tiene razon
de estar conmigo enojado;
y à los pies:: *Rey.* Ya yo he llegado,
y enojos de padre son:
no haya mas por vida mia.
Rub. Si vuestra Alteza supiera
quien es este, no le hiciera
tanta merced. *Rey.* Conde, el dia
que en la Corte estais, colijo
de las honras que os prevengo,
que para mi mas no tengo
que saber, que es vuestro hijo.
Bern. Es culpa calificada,
indigna de mi obediencia,
llegar à pedir licencia
para ceñirme la espada,
quando en mi valor segura,
en mi edad, y en mi nobleza;
la misma naturaleza
esta falta me murmura?

Si esta es gran culpa, Señor,
que la castigueis espero.
Rey. Conde, el noble Caballero,
el que nació con valor,
el que con sangre excelente
los ojos al Mundo abrió,
la espada con él nació,
desde la cuna es valiente.
Luego aquel valor empieza,
que sus passados le dieron,
porque de un parto nacieron
las armas, y la nobleza.
La espada es bruñido espejo
del honor, candido armiño;
nunca el niño, noble es niño,
nunca el viejo, noble es viejo.
Si esto solo ocasionó,
Conde, vuestro enojo, oy quiero,
armandole Caballero,
ceñirle la espada yo.
Bern. Dexa, señor, que Bernardo
la tierra que pises bese.
Rub. Callar tengo, aunque me pese. *ap.*
Rey. Un Caballero gallardo,
sin espada no ha de estar.
Monz. Goceis del Fenix la vida.
Saca en una fuente espada, y espuelas.
Aqui, señor, prevenida
la tenia. *Rey.* Esto es honrar
à quien lo merece tanto;
llegad Bernardo, que espero,
que en vuestro brazo el acero
ha de ser del Moro espanto.
Ciñele el Rey la espada.
Bern. De vuestra mano, quien duda,
y de vuestro nombre honrada,
que si es temida embaynada,
que sea invencible desnuda?
Rey. Hagaos muy dichoso Dios.
Conde, esto ha de ser assi,
yo la espada le ceñí,
calzadle la espuela vos.
Rub. Esto mas? viven los Cielos! *ap.*
Bern. No dissimula el pesar: *ap.*
que tenga de verme honrar,
quien me engendró, invidia, y zelos!
no lo entiendo. *Monz.* Aunq̃ mas ladre,
ya la espada el Rey le dió.
Bern. Parece que debo yo
mas sangre al Rey que à mi Padre. *ap.*
Rub. Qué pesar! à vuestra Alteza
obedezco, y sirvo assi. *Calzasela.*
Rey. Es debido, Conde, en mi
tal honra à vuestra nobleza.
Ber. Desde oy, señor, desde oy me sacrifico
en el altar de la obediencia mia;
siempre rico de amor, y siempre rico
del favor, y mercedes de este dia:
oy he buelto à nacer, oy comunico
al alma nuevo sér, nueva alegria,
pues dando à mi nobleza mas nobleza,
por ti renace, y à vivir empieza.
La espada, q̃ oy me ciñes con tu mano,
será horror, será assombro, y maravilla,
del Alarbe Andaluz, del Africano,
que en sangriento ciñe barbara cuchilla;
las margenes verás del Occeano
reducidas al centro de Castilla,
sin que para cumplirlo sean estorvos
selvas de lanzas, ni de alfanges corvos.
Ya me verás en las sangrientes lides
apelidar tu nombre valeroso,
desde el Mar Gaditano, en quiẽ Alcides,
de un monte, y otro se labró celoso,
hasta el Pirineo excelso, en quiẽ divides
del Franco Imperio el Español famoso,
que yo solo he de ser, pues solo basto,
quien aclame la voz de Alfonso el Casto.
Este rayo de acero, este gallardo
cometa de dos filos, este trueno
ha de ser en el brazo de Bernardo
azote universal del Agareno:
ya en desnudarla, y esgrimirla tardo;
sienta el turbante de plumages lleno
el ruidoso golpe, que amenaza
al que los antes de la adarga embraza.
Ya el belicoso estruendo me provoca
à buscar sus murales, y almayzares,
y ocioso el freno en la espumosa boca,
à batir del caballo los hijares;
daré al bridon esta animada roca,
desbaratando Esquadras à millares,
hasta poner al pie de tu fortuna
captiva, y pressa la menguante Luna.
Rey. Creo de vuestro valor,
Bernardo, lo que ofreceis.
Bern. Como vos, señor, me honreis,
quanto he dicho haré mejor.
Monz. Aunque el Conde se desplace
desta bizarra braveza,

crea

crea señor, vueſtra Alteza,
que es hombre, que dice, y hace.
Y yo no me quedo atrás,
porque aunque humilde he nacido,
me crié con él, y he ſido
de ſus cimbrones el zás,
de ſus preſtezas el juego,
de ſus golpes el amago,
el ruído de ſu eſtrago,
y la chiſpa de ſu fuego.

Tocan caxas.

Rey. Creolo: mas qué rumor
oygo? *Rub.* Novedad extraña!
Dent. Viva el Conde de Saldaña,
victorioſo, y vencedor.
Rub. Sin duda el Conde ha llegado
con victoria. *Rey.* Gran jornada!
ya de ſu valiente eſpada
me reconozco obligado.
Rub. Con el aplauſo que ves
traen al Conde tus vaſſallos.

Sale el Conde de Saldaña, de Soldado muy galan, y con todo acompañamiento, y Caxas.

Cond. Muertos dexo dos caballos,
haſta llegar à tus pies.

De rodillas el Conde.

Rey. Conde, à mis brazos llegad,
que aunque la victoria infiero,
ſaberla de vos eſpero
con mayor guſto. *Cond.* Eſcuchad,
que obedeceros, señor,
es imán de mi alvedrio,
ſupueſto que el valor mio
nace de vueſtro valor.
Yace, generoſo Alfonſo,
entre dos Sierras un Valle,
un penſil entre dos montes,
entre dos montes un parque,
una perla entre dos conchas;
aſſi me explico mas facil,
pues con almenas de nieve,
ſiendo perla ineſtimable,
le guardan, y le conciben
ſus bruteſcos omenages.
En eſte, pues, ſitio alegre,
que para victorias tales,
paleſtra, y cerco dichoſo
previno la comun madre,
hallé à Zeyian, que venia
tan ſobervio, y arrogante,
tan dueño de ſu fortuna,
que para que conquiſtaſſe,
le pareció corta empreſſa
el blaſon de tu Eſtandarte.
Traía el valiente Moro
ſeis mil Flecheros Infantes,
que al diſparar todos juntos,
tal vez por liſonjearle,
pavellon al Sol hacian
con las ſaetas volantes
aquel eſpacio pequeño,
que avecindaban los ayres.
Engroſſaban ſu Eſquadron
de Toledo ſeis Alcaydes;
à cuyo cargo venian
tres mil Ginetes Alarbes;
cuya variedad de plumas
repartida en los turbantes,
de Africanos Abeſtruces
formaba viſtoſo enxambre.
Las adargas Tunecies,
las marlotas, y almayzares,
de bufano doble aquellas,
y eſtas de ſeda, y eſtambre;
en las Andaluces yeguas,
que con relinchos, y eſcarces,
al clarin le reſpondian,
confundidos los metales,
traducian la Campaña
mucho Abril, à mayor Parque.
En cada nervioſo brazo,
ya acometa, ya amenace,
blandiendo el valiente freno,
juntaba por ambas partes
los dos opueſtos extremos
de acicalados remates.
Toda eſta pompa, en efecto,
todo eſto viſtoſo alarde,
de galas, lucha apacible,
de armas, belico certamen,
que ni Africa menos forja,
ni menos texe Levante,
à las garras, y al bramido
de tus Leones audaces,
ſe vió poderoſo un Lunes,
y deſvanecido un Martes.
Eſte, pues, dichoſo dia
(aunque cobardes le infamen
ſuperſticioſos agueros

de

de Catholicos cobardes)
ſobre un alazan toſtado,
Arabigo en nombre, y ſangre,
Caſtellano en lealtad,
Andaluz en lo arrogante,
con humos Aragoneſes,
con alientos Catalanes:
tan Eſpañol, en efecto,
que del Betis los cryſtales,
para examinarle hijo,
le reconocieron Sacre:
De crin, cernejas, y cola,
al moverſe, y al hollarſe,
eran las cerdas, gualdrapas,
y al correr, alas que eſparcen.
No vió en ſu carrera el Sol,
taſcando fuego en el Ganges,
oro peynando en las nubes,
nieve alegrando en los Alpes,
grana bordando en las ſelvas,
y eſpuma tocando en mares,
alado bruto, que pueda
competirle, ni igualarle.
La rienda ajuſté, y apenas
à los batidos hijares
llamo la dorada eſpuela,
quando reſpondió con ſangre,
para convertirſe en fuego;
porque era el ſuyo tan grande,
que relinchando centellas,
las piedras, que piſa, y parte,
para mejorar de eſphera,
ſe vieron llamas voraces.
Puſe en orden mis Soldados,
diſcurrí por todas partes,
formando los Eſquadrones
en bien repartidos haces;
y al ſon de baſtardas trompas,
como deſtemplados parches,
ſe travó la eſcaramuza
entre los ſangrientos bates.
Duró el teſon invencible
haſta las tres de la tarde,
ſin que de tanta fortuna
el roſtro ſe declaraſſe.
Y viendo que porfiaban
los ſuceſſos tan neutrales,
la dicha tan contingente,
la victoria tan durable,
envidé el reſto en la vida
de mis ſudores, y afanes:
buſqué al General, y halléle
eſgrimiendo el corvo alfange,
que à coſta de tantas vidas
gozaba purpureo eſmalte.
No aſſi à la timida preſſa
el Aguila caudal bate
las alas, moſtrando à un tiempo
garra, y pico de Diamante,
como yo parto à embeſtirle,
y él à recibirme parte.
Chocaron pecho con pecho
los cavallos, que leales
titubearon, ſufriendo
el encuentro formidable.
Tan en sí ſe hallaba el Moro,
que deſpues de recobrarſe,
tiró un rebés, y cortó
del freno los alacranes,
dexandome ſin las riendas,
como ſin timon la Nave:
mas logrando mejor tiempo
en lo preciſſo del lance,
falſeé con una punta
en ſu pecho malla, y ante,
abriendo para la muerte
fuente de roxos granates.
Cayó del cavallo el Moro,
donde con anſias mortales,
en monumento de arena
ſirvieron à ſu cadaver
de tumba la blanca adarga,
de pira el roxo turbante.
Apellidé la victoria:
Viva dixe, viva en jaſpe
el nombre de Alfonſo el Caſto,
viva en bronces immortales.
El Sarraceno Eſquadron,
como es fuerza que deſmaye
todo cuerpo ſin cabeza,
viendoſe ſin ella, abate
las medias Lunas, que ya
eclipſadas, y menguantes,
à la luz de tanto Sol,
lloraron golpes fatales.
Vergonzoſamente huyeron,
y yo ſiguiendo el alcance,
al triunfo de eſta victoria
concedí el ultimo vale.
Gané cinquenta Banderas;

los

los Cautivos, y el bagage,
negandome à la codicia,
repartí à mis Capitanes,
enriquecí mis Soldados,
porque civiles achaques
no deslucieſſen mi gloria,
que es el ſoborno mas facil
de quien arrieſga ſu vida,
con lo que ganó pagarle.
Eſta victoria te ofrezco,
por mi eſte laurel te añades,
en tanto, que con tus hueſtes
en bucefalos navales,
recobrando nuevos Mundos,
el Marmol Sagrado ſaques
del cautiverio, que llora
tanto Religioſo Acates:
que de tu valor lo eſpero,
porque la victoria cantes,
porque tiemble de ti el Mundo,
porque tus Pendones Reales
ſe enſalcen con mi valor,
para que el Mundo te aclame,
y porque victoria, y vida
à tu grandeza conſagre.

Rey. Conde, otra vez, y otras muchas
llegad à mis brazos. *Abrazale.*

Cond. Raſgue
del libro de mi ventura
eſta hoja, quien la halláre
doblada, porque algun dia
la fortuna no ſe canſe.

Monz. Oyele por Jeſu-Chriſto,
que eſtá bien hecho el romance;
pero ſi yo le dixera,
no habia de poder quietarſe
la turba de moſqueteros
en hora y media cabales.

Bern. Aparta (que bien reſponde!) *ap.*
vive Dios, que me ha llevado
toda el alma por Soldado,
y por valeroſo el Conde.

Rub. Apenas lugar me dá *ap.*
la invidia que he recibido
para darle el bienvenido:
qué ufano, y ſoberbio eſtá!

Bern. Qué dignamente le dán *ap.*
aclamacion comunmente!
qué bizarro! qué valiente!
qué gentil-hombre, y galan!
parece que él miſmo ha ſido
ſu Artifice milagroſo!
lo robuſto con lo ayroſo,
lo fuerte con lo lucido.
Tan igual es, tan al guſto
miro en él, que no han faltado
lo galán por delicado,
ni por feroz lo robuſto.

Rey. Conde, ya con vos no puedo
tener ſinieſtra fortuna;
vos ſois la baſa, y columna
de mi Corona. *Cond.* En Toledo
tu ſilla pienſo poner.

Rey. Si vos deſnudais la eſpada,
con ſangre Alarbe manchada,
no dudo, que venga à ſer.

Cond. Ay, Ximena, con qué enojos *ap.*
vivo en quanto verte tardo!

Monz. Apenas mi amo Bernardo *ap.*
quita del Conde los ojos.

Cond. El Conde Don Rubio aqui? *ap.*
como la Aldea ha dexado?
como à hablarme no ha llegado?
mala ſeñal (ay de mi!)
Si mi Bernardo, à quien tiene
en ſu poder, ſi mi hijo
es muerto? Mas qué me aflixo?
nunca el mal tan ſordo viene.

Rey. Porque veais lo que os quiero,
y mi amor conozcais oy,
el mayor oficio os doy
de mi mayor Camarero:
juradle, y ſervidle, Conde.

Cond. Vueſtra Alteza aſſi procura
dar luſtre à ſu humilde hechura,
y à ſu grandeza reſponde.

Rub. Ya crece mi invidia fiera. *ap.*

Bern. Vive el Cielo, que me he holgado,
que el oficio le haya dado,
mas que ſi à mi me le diera.

Monz. Para lo que él ha ſervido,
no monta eſſo quatro blancas.

Rey. La Tinencia de Simancas
eſta vaca, y no he querido
proveerla, porque vos
la hagais dar à algun amigo.

Cond. Bien, ſeñor, moſtrais conmigo,
que ſois imagen de Dios,
pues con valor ſingular,
de vueſtra grandeza uſando,

no

no ſolo dais, pero dando,
tambien enſeñais à dár!
Daré al Conde eſta Alcaldia. *ap.*
Rub. Si el Rey ſu agravio ſupiera, *ap.*
menos mercedes le hiciera;
pero ſabralo algun dia:
voyme, por no eſtar mirando
invidioſo, y deſabrido,
la mano del ofendido
al miſmo ofenſor honrando. *vaſ.*
Rey. Recorriendo eſtoy qué daros,
Conde; y para que ganeis
amigos, y ſiempre deis
nueva ocaſion de alabaros,
permito que podais dar
de mi Camara dos llaves.
Cond. Mercedes, ſeñor, tan graves,
quien las mereció gozar?
quien ſon eſtos Caballeros?
que quiero en vueſtra preſencia,
pueſto que me dais licencia
honrarlos, y obedeceros.
Rey. El que à vueſtro lado eſtá
es mi ahijado, y heredero
del Conde. *Cond.* Oy eſpero
dar honra à quien me la dá.
Rey. Yo le he ceñido la eſpada,
y Caballero le armé.
Cond. Y yo, ſeñor, le daré
por vos la llave dorada,
favor que ſe debe al Conde,
deſpues de ſer muy amigo:
y eſte Caballero, digo,
que al oficio correſponde;
que el Gentil-hombre ha de ſer,
deſpues de tener nobleza,
galan por naturaleza.
Bern. Qué aqueſto he llegado à ver! *ap.*
Cond. Y lo es, à fé de quien ſoy.
Bern. V. Excelencia ſabe honrar
à ſus criados. *Cond.* Jurad
de Gentil-hombre deſde oy,
aunque lo contrario ſiento,
que quien deſde que nació
de Gentil-hombre juró,
no ha de meneſter juramento.
Monz. Eſte ſi es Conde, y reſponde
à ſu iluſtre nacimiento:
vá à decir ciento por ciento,
del un Conde al otro Conde.
Rey. Tratad, pues, de deſcanſar,
y vedme luego. *vaſe.*
Cond. Señor,
en mi el deſcanſo mayor
es ſerviros. *Bern.* Si eſcuſar
el juramento no puedo,
y es preciſo en mi nobleza,
perdoneme vueſtra Alteza,
que con el Conde me quedo.
Cond. El repáz es eſtremado: *ap.*
De eſta edad ſe me parece,
que ſerá Bernardo; oy crece
con el amor mi cuydado.
Deſde aquel dichoſo dia
que al Conde ſe le entregué,
no le he viſto mas, ni ſé
mas de que el Conde le cria.
Sientaſe el Conde en la ſilla de doſel para jurar à Bernardo.
Bern. En manos de V. Excelencia
De rodillas.
hago pleyto, y juramento
de ſervir leal, y atento
con todo amor, y aſſiſtencia.
Cond. Baſta. *Bern.* Ya la mano eſpero;
y que con ella me honreis.
Cond. Mucho, ſeñor, me debeis;
deſde que os ví mucho os quiero;
pero hacer eſto me toca,
que es vueſtro Padre mi amigo:
alzad. *Bern.* No he de alzarme digo;
haſta que eſtampe la boca
en vueſtra valiente mano,
honra de eſta Monarquia.
Cond. Decidme por vida mia,
teneis acaſo otro hermano?
Bern. No ſeñor. *Cond.* Vos ſois gallardo:
ſolo ſois? *Bern.* Y aun ſegun paſſa,
pienſo que ſobro en mi caſa.
Cond. Y como os llamais? *Bern.* Bernardo.
Cond. Bernardo? Y qué no teneis
otro hermano? *Bern.* No ſeñor.
Cond. Y algun paje Labrador
en la Aldea conoceis
de vueſtro nombre? *Bern.* Tampoco.
Cond. Eſte mi hijo ha de ſer; *ap.*
y temo (ay Dios!) que el placer
me mate, ò me buelva loco.
Monz. Eſte es, ſeñor, Bernardito,
el arrojado, el travieſſo.

Cond.

Cond. Lo peor que tiene es esso.
Monz. El que desde tamañito,
por alentado, y brioso,
con un esquadron de perros
andaba por essos cerros
tras el Javalí, y el Osso.
En aquesso se ocupaba,
y quando despues bolvia,
la caza de todo el dia
à las zagalas la daba;
sin dexar para su mesa
sola una pluma, señor.
Cond. Esso es de buen cazador.
Monz. Y como de garra, y pressa,
que en la Aldea no ha dexado
moza de buen parecer.
Cond. Qué? *Monz.* Señor. *Cond.* Debe de ser
herencia lo enamorado.
Bern. No quieres callar? *Monz.* Ya callo.
Cond. Sus partes son excelentes:
ò corazon! nunca mientes, *ap.*
no me canso de mirallo.
Por qué decis que sobrais,
siendo solo en vuestra casa?
Bern. Señor, lo que en ella passa,
sin provecho haveriguais;
mi Padre, cuyo desdén
juzgo aversion natural,
debe de quererme mal,
pues que no me trata bien.
Cond. Mal os trata? Otro testigo *ap.*
en este mal tratamiento
declara él con juramento,
que es verdad lo que yo digo:
no tiene razon el Conde.
Monz. Señor, él es un Neron,
y porque en su inclinacion
à sù sangre corresponde,
valiente, honrado, y cortés,
oy con termino inhumano,
le dixo, que era villano.
Cond. Villano? *Monz.* Villano, pues,
y muchas veces villano.
Cond. Viven los Cielos, que miente: *ap.*
y qué hicisteis? *Bern.* Obediente
le besé entonces la mano,
reverenciando el castigo.
Cond. Esso es lo que hacer debeis:
y mientras que assi lo haceis,
sereis mi hijo, y mi amigo.

Bern. Pluguiera à Dios, q̃ aunque quadre
mal esta razon primera,
si Padre elegir pudiera,
os eligiera por Padre.
Cond. Qué decis? aunque me aflixo, *ap.*
el corazon me ha passado:
esto dice un hombre honrado?
Vive Dios, que sois mi hijo:
un noble assi corresponde?
Bern. Señor. *Cond.* Vos teneis nobleza?
Bern. Es muy grande su aspereza.
Cond. Estimad, Bernardo, al Conde,
pues como Padre os crió,
que essa es la mayor hazaña.
Bern. Señor Conde de Saldaña
vuestra hechura seré yo.
Cond. Que no digo esso: si digo; *ap.*
mas quiero dissimular:
al Conde habeis de estimar,
ò no habeis de ser mi amigo;
y con esto à Dios Bernardo,
idos con Dios. *Bern.* Vuestro soy.
Vanse Bernardo, y Monzon.
Cond. Si es mi hijo, por quien soy,
que es alentado, y gallardo.
Sale el Rey. Conde? huelgome de hallaros
aqui. *Cond.* Siempre V. Alteza
me hallará tan puntual.
Rey. Vuestro valor, y prudencia
habeis de mostrar ahora:
ya sabeis, y es cosa cierta,
que no tengo succession,
ni esperanza de tenerla.
Cond. Bien sé que os llaman, señor,
Alfonso el Casto por essa
profession. *Rey.* Estadme atento:
Mi hermana Doña Ximena
es Infanta de Leon,
y siendolo es mi heredera.
Cond. Y dueño del alma mia. *ap.*
Rey. Pues ella imprudente, y necia,
el casamiento rehusa,
que tanto estimar debiera,
del Conde de Barcelona;
siendo assi que por la mesma
razon, que yo lo deseo,
le aborrece, y le desprecia.
Vos habeis de persuadirla
con razones tan atentas,
tan graves, tan eficaces,

tan lucidas, y tan vueſtras,
que venga en ello; que à vos
ſolo fiaros pudiera,
Conde, accion tan ſingular,
y tan dificil empreſſa.
Ella ha de ſalir de aqui,
primero que ſe prevenga,
habladla, Conde, y mirad,
que las mas heroycas prendas
de vueſtros ſervicios grandes,
todas ſe concluyen en eſta.
Cond. Señor:: *Rey.* No me repliqueis;
ella ſale, y la obediencia
de hombre como vos, no admite
ni replicas, ni reſpueſtas.
Vaſe el Rey, y ſale la Infanta ſola.
Inf. Conde, qué peſar es eſte?
Cond. Bien pregunta V. Alteza,
que como ya por coſtumbre
ſe van, ſin dudar en ella,
à mi caſa las deſdichas,
en lugar de norabuenas;
ſe me pregunta eſſo à mi,
y quien lo pregunta acierta.
Ya no me cogen de ſuſto,
tan hallado eſtoy con ellas,
que pienſo que he de buſcarlas
quando en venir ſe detengan.
Inf. Pues ahora que mi hermano,
Dios le guarde, à hacer empieza
tantas mercedes en vos,
y à daros la norabuena
ſalgo yo, dais al ſemblante
ſobreſcrito de triſteza,
ſabiendo que es para mi
quanta en vueſtros ojos ſea?
Cond. Eſtamos ſolos? *Inf.* Si Conde,
hablad. *Cond.* Mi bien, mi Ximena,
yo fui, por mi mal, dichoſo:
ò qué coſtoſa experiencia
he hecho de que las dichas,
ſi ſon grandes no ſon ciertas!
Quando al ſugeto ſe ajuſtan,
ſe gozan, y ſe celébran;
pero quando ſon mayores,
ò ſe ahogan, ò ſe quiebran
como higas de azabache,
à quien la invidia atormenta.
El acordado inſtrumento,
dulce, y regalado ſuena
con las cuerdas, que en él caben;
pero no ſi ſobre aquellas
otras le ponen, que entonces
ſuena mal, y no concuerda.
Todo eſto, ſeñora he dicho,
para explicar, ſi pudiera,
la pena de ſer dichoſo
quien no ſer dichoſo eſpera.
El Rey me manda que os hable;
ya lo dixe; el Rey me ordena
(qué dolor!) que os perſuada
(qué tormento!) que os advierta;
pero para qué me canſo?
caſaros quiere ſu Alteza
con el Conde. *Inf.* Ya lo ſé,
ya lo ſé, qué coſa nueva
venis à decirme, Conde?
el de Barcelona intenta
caſar conmigo (qué engaño!)
mi hermano, que lo deſea
(qué locura!) os ha mandado,
que me hableis (gran diligencia!)
para aſſentar eſſa baza,
el Conde pone en la meſa
un Rey (gran carta!) y amor
en vueſtra mano reſerva
un triumpho, que aun que es pequeño,
à ganarle ſe atravieſſa.
Viene à morir à mi mano,
alargo yo, con que queda
tan desbaratado el juego
de ſu parte, y de la vueſtra
tan ſeguro, que podeis,
dexandolo por mi cuenta,
dar barato à los mirones,
y al alma, que lo deſea.
Cond. Ay, dueño del alma, y como
el temor juſto recela,
que han de decir que he ganado
con cartas falſas cohechas,
baraja que ſon de amor
fullerias, aunque inciertas,
porque quando mas las pinta,
el poder las atropella!
Inf. No podrán Conde en mi mano.
Cond. Qué importa, ſi en mi cabeza
podrán? *Inf.* Pues Conde, advertid,
que el que en ſu primera eſphera
al carro del Sol ſe atreve,
y ſobre doradas ruedas

gyra

gyra globos de criſtal,
golfos navega de Eſtrellas,
Campaña de luz fluctúa,
y rumbos de Aſtros penetra;
aunque deſpues dichoſo
rayos fulminados ſienta,
duros precipicios llore,
y muertas palidas vea:
la gloria de haber llegado
al laurel que le deſpecha,
mayor vida le aſſegura,
mayor fama le reſerva.
Morir por mi, no es deſdicha,
padecer por mi; no es pena,
morir, Conde, pues que yo
por vos muero, y no me peſa.
Cond. Sola eſſa muerte es mi muerte.
Inf. Solo eſſe temor me aquexa.
Cond. Yo ſé deſpreciar mi vida.
Inf. Yo ſé morir por la vueſtra.
Cond. Pues viva mi amor conſtante.
Inf. Y mi fee immortal, y eterna:
à Dios Conde. *Cond.* A Dios, Infanta.
Inf. Qué ventura! *Cond.* Qué terneza!
Inf. Que te vas? *Cond.* Señora, ſi.
Inf. Bolverás à verme? *Cond.* Es fuerza.
Inf. O, quien ſe viera tu eſpoſa!
Cond. O, quien tu eſpoſo ſe viera!

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Conde de Saldaña, el Conde Don Rubio, Bernardo, y Monzon.

Rub. Oy, ſeñor Conde, quiero,
en ley de Caballero,
reſtituir la prenda, que ha cauſado
en vos mas guſto, en mi mayor cuydado.
Cond. No es tiempo, Conde, no, por vida mia,
primero habeis de ver mi corteſia;
que aunque en Palacio
no me diſteis lugar, quiero de eſpacio,
Conde, que conozcais, que no me olvido
del titulo, y blaſon de agradecido.
Su Alteza (que Dios guarde,)
haciendo ayer de ſu grandeza alarde,
me hizo merced: quien hay, que no preſuma,
que ſeria de mis meritos la ſuma?
Pero quantos lo vieron ſon teſtigos,
que repartí el favor con mis amigos;
y para vos, que ſin hablaros os fuiſteis,
bien ſabeis, q̃ en aqueſto me ofendiſteis,
con noble pecho, y con manos francas
reſervé la Tenencia de Simancas.
Deſpues por hijo vueſtro (Dios lo ſabe)
le di à Bernardo la dorada llave,
porque quedaſſen, eſto es lo que paſſa,
ambos oficios, Conde, en vueſtra caſa;
y aſſi, de entrambos ſiento,
me debeis igual conocimiento;
ſi bien, quando mi amor, y amiſtad toco,
aun mucho mas pareciera poco.
Bern. Hay tal valor!
Monz. Qué dices? qué reſpondes?
vive Dios, q̃ es el Conde de los Condes,
el Protoconde, el Archiconde digo,
y aun el Taraconde de ſu amigo:
mas llameſe Don Sancho,
nombre q̃ todo el Mũdo le viene ancho,
y aun ſi otro Mundo hubiera,
en un Don Sancho pienſo que cupiera.
Rub. Conde, yo la merced os agradezco,
mas quando por mi miſmo la merezco,
no me eſtá bien, ya Conde ſe conoce,
que por agenos merito la goze.
Nunca por mano agena
hay merced, ni Tenencia que ſea buena;
dadſela à otro, q̃ ya yo tengo indicios,
q̃ mi Rey me honrará por mis ſervicios.
Y en quãto à la merced de Gentil-hõbre
que os diga, no os aſſombre,
pueſto que la merezca,
q̃ Bernardo eſtá aqui, q̃ os lo agradezca;
que yo no me condeno
à agradecer el beneficio ageno.
Bern. Señor: hay mas notable deſvarío!
ageno llama el beneficio mio.
Mon. Amiſtad bien pagada: tu has nacido
de un Padre por extremo agradecido;
que mas decir pudiera,
ſi algun peſar el Conde le traxera?
Cond. Jamás, Conde, penſára
de vos, que me bolvierais à la cara
las mercedes, que aqui os he aplicado;
mas ſi poco os parece,
que vueſtra caſa ya ſé que mas merece,
para vos reſervé, para vos guardo,
como la de Bernardo,
plaza de Gentil-hombre, digno oficio

 de

de un ſeñor como vos, con exercicio
en Palacio, ſirviendo juntamente
la de Simancas por algun Teniente.
Vueſſa condicion templad extraña,
q̃ es buen amigo un Conde de Saldaña,
y ſerviros eſpero.

Rub. Ni eſſo, ni eſſotro, ni ninguno quiero,
ni me admiréis eſquivo,
que merced que es de otro no recibo;
pues quando llega à mi tan otro viene,
que mas de enfado, que de guſto tiene.

Bern. Es poſſible, ſeñor, q̃ quando el Conde
tan noble, tan leal te correſponde,
con ingratas porfias
deſprecies ſus mercedes, y las mias?
Eſſa correſpondencia
digna de la amiſtad de ſu Excelencia?
De ingrato te condénas.
Vive Dios q̃ la ſangre que en mis venas
conſervo tuya ahora me ſacára,
y por no la tener la derramára,
ſi de ella preſumiera,
q̃ hacerme ingrato alguna vez pudiera;
pero no lo ſeré, porque te advierto
con roſtro deſcubierto,
que ſi à ſer ſu enemigo te apercibes,
y la merced por eſſo no recibes,
de la razon llevado,
me has de hallar de ſu parte, y à ſu lado,
haſta perder la vida,
que por él la daré por bien perdída;
quadrete, ò no te quadre,
que es la razon primero que mi Padre.

Cond. Bernardo, que es aqueſto?
vos aſſi deſcompueſto?

Monz. No has andado,
vive Dios, en tu vida mas honrado.

Rub. Yo no me eſpanto de q̃ aſſi me trates,
que en eſſo que parecen diſparates,
de derramar tu ſangre ſin rodeo,
la diferencia de tu ſangre veo;
y aſſi en nada me aflixo,
que ni tu padre ſoy, ni eres mi hijo. *vaſ.*

Con. Cõde amigo, eſperad: yo ſoy perdido.

Ber. Dexele V. Excelencia, pues ſe ha ido,
que él me dirá deſpues, à fe de honrado,
ſino es mi Padre, quiẽ el ſér me ha dado;
y de que no lo ſea no me peſa,
que ingratitud tan barbara como eſſa
no puede darme calidad, ni fama.

Cond. O quanto el noble natural le llama!
pero aqueſte traydor, que ſabe todo *ap.*
mi ſecreto, pretende de eſte modo
deſcomponerme, y acabar mi vida:
Ay belliſſima Infanta, que perdída
te lloran ya mis ojos!
mas que mi pena ſiento tus enojos.

Bern. V. Excelencia llorando? q̃ es aqueſto?
Vos, ſeñor, tan humano, y tan modeſto?

Cond. Bernardo, de un Filoſofo ſe cuenta,
q̃ mirando un ingrato, en quien ſe afréta
naturaleza toda, fiel lloraba,
por ver ſi ſu dureza ſe ablandaba.

Bern. Vive el Cielo, ſeñor, q̃ de eſſe llanto
me he enfurecido tanto,
que al que aſſi le provoca,
con las manos ſangrientas, con la boca
deſpedazar quiſiera.

Con. Su miſma ſangre, y ſu valor altera: *ap.*
eſte llanto, eſtas lagrimas piadoſas,
ſon en mi amor forzoſas,
viendo que el Cielo ha dado
un hijo noble à un Padre deſgraciado;
à un ſuceſſo dichoſo,
la malicia cruel de un ambicioſo;
à un debido recato,
la verdad mas ſegura de un ingrato;
y al fin, à un delinquente,
un mal vecino, que le juzga auſente:
Deciros mas no puedo,
que hay mucho que decir, y es mucho el miedo.

Vaſe el Conde, y detienele Bernardo.

Bern. Señor, V. Excelencia diga ahora
lo que ſabe de mi, que quando llora
tanto hombre, tanto ſér, tanta nobleza,
de amor es, vive Dios, no de flaqueza.

Cond. Qué ſabeis vos lo que en mi
puede haber? *Bern.* Debo creer,
que flaqueza no ha de haber
en quien tanto valor ví.

Cond. Hombre ſoy, y flaco he ſido,
pero fué flaqueza honrada.

Bern. Eſſo es no decirme nada,
ſeñor, de lo que os pido.

Cond. Podré callar? ſerá tanta *ap.*
mi altereza con él? ſi
que aqueſto importa (ay de mi!)
al pundonor de la Infanta:
quedaos Bernardo, con Dios.

Bern.

Bern. Confuso, al fin, me dexais?
Cond. Padre teneis, que os quexais?
no es el Rey mejor que vos. *vase.*
Bern. Confuso, y de horror lleno
me dexa el Conde (q mortal veneno!)
mi Padre respiraba,
que igualmente causaba,
con desigual espanto,
y ay en mis ojos, y los suyos llanto.
Monz. Señor, lo que de uno, y otro infiero,
es, que el Conde es honrado Caballero:
de tu Padre no sé lo que me diga,
porque no siempre obliga
la chanza; mas conforme à lo q arguyo,
me quemen, si D. Rubio es Padre tuyo.
Ber. Pues Padre ha de tener este Bernardo.
Monz. Esso es fuerza.
Bern. Y mi espiritu gallardo,
mis pensamientos, y mi heroyco brio,
me avisan de que es noble el Padre mio.
Mon. Y no sé lo que en esto mas te quadre;
mas por salir de un Padre,
que Don Rubio se llama,
me diera yo à partido, y con el alma
gustoso consertára,
que hijo de la Piedra me llamaran.
Bern. Ven, Monzon, q del Conde los enojos
me han obligado à enternecer los ojos.
Vanse, y salen la Infanta, y Sol, Dama.
Sol. Es por extremo bizarro.
Inf. Refierenme tantas cosas
dél, que se imagina el alma,
no como prenda tan propria,
sino como ya perdída,
y que de nuevo la cobra.
Sol. Pues ya en tu presencia está.
Inf. Ayudame Sol, ahora,
que de improviso un contento
mal se encubre, y se reboza.
Salen Bernardo, y Monzon.
Sol. Lo que he de decir me advierte.
Inf. Obligale à que responda,
hablale, Sol, por tu vida.
Bern. Monzon, en tanta congoja,
qué puedo hacer? *Monz.* Divertirla
con la Infanta mi señora,
y con Doña Sol. *Bern.* A un triste,
aun el mismo Sol assombra.
Sol. Ha Caballero, sois vos
Bernardo? *Bern.* Yo soy, señora,
Bernardo, y criado vuestro.
Sol. Estamos muy cuydadosas
las Damas de conoceros.
Bern. Passe esta vez por lisonja:
yo puedo costar cuydados?
Sol. Y muchos. *Monz.* Qué socarrona! *ap.*
pero como el Sol secára
este Sol à qualquier hora.
Inf. Dicen que sois muy brioso.
Bern. La soledad ocasiona,
aun en muy cortos alientos,
resoluciones heroycas;
porque la caza, y el monte
son una abreviada copia
de la guerra, y siempre en ella
logré felices victorias.
Mas qué mucho, mas qué mucho
si las alcanzan à todas,
en fee de que à ser mayores,
oy à essas plantas las ponga?
Inf. Esse es estilo de amante.
Bern. Vuessa Alteza no me corra,
que aunque Aldeano, bien sé
la obligacion que me toca
de reverenciar su nombre.
Inf. Ay, Sol, qué mal se reboza *ap.*
una passion tan del alma!
Bern. Pondré en sus plantas mi boca.
Inf. Galan sois? *Bern.* Ya lo seré,
si vuestra Alteza me abona,
que es nueva naturaleza
en los Principes las honras.
Inf. Y esse es estilo de amante?
Bern. Con distincion, si señora:
el soberano respeto
debido à vuestra persona
à una parte; y el afecto
amoroso en Sol à otra.
Aquel es amor sagrado,
que à reverencia provoca;
y este es amor mas humano,
que abraza, pero no assombra;
que obliga, pero no espanta.
Inf. Basta, Sol, que te enamora:
cortesano es el rapaz, *ap.*
de verle el alma se goza.
Monz. Si Vuessa Alteza pretende,
que le refiere sus cosas,
yo solo puedo, que soy
coronista de su historia.

No ha visto en sus pocos años
mas fuerte brazo la Europa:
rompe en el ayre una lanza,
quando blandiendo la dobla
los dos opuestos estremos,
que acerados hierros gozan.
A la mas robusta encina,
que essa montaña corona,
abrazado al firme tronco,
la desbarata, y deshoja.
Si le viera Vuessa Alteza
luchar con firmeza toda
la noticia del Tebano;
poetica, y fabulosa.
Danza, y bayla ayrosamente,
gyradas, y cabriolas,
como peones las texe,
como un repollo les forma:
Es cortés, y agradecido;
sus liberales, y ampliosas
manos, exceden, por Christo,
al pasmo de Macedonia.
Habla bien en las ausencias;
por la razon se apassiona:
y al fin :: *Bern.* Ea, basta necio,
que alabanzas tan ociosas
ofenden. *Inf.* Qué sabeis vos,
si hay quien con gusto las oyga?
Bern. No seré yo tan dichoso.
Inf. Ya por lo menos te toca
hacerle Sol, un favor.
Sol. Si Vuestra Alteza me otorga
la licencia, si lo haré.
Bern. Llorará perlas la Aurora,
zelosa de ver, que el Sol
en mas flamante carroza,
por favorecerme indigno,
olvida la verde pompa
de las flores, que la esperan
ya coronadas de aljofar.
Inf. El es galán, y entendido. *ap.*
Sol. Esta banda reconosca
Dále una banda.
en vuestro pecho à su dueño.
Bern. Será la abrasada Zona,
donde mis sentidos arden
al Sol de vuestras memorias.
Inf. En él considero al Conde *ap.*
tan viva su imagen propria,
que ni lo amoroso miente,
ni lo bizarro perdona.
Bern. Gran dicha Monzon, consigo.
Monz. El Embaxador, señora.
Bern. Ha pese al Embaxador, *ap.*
y à quien su embaxada apoya!
Monz. Con el Rey hablando viene,
y con tu padre. *Bern.* Estas bodas
me cansan: y por no verlas
me voy, perdonad, señora.
Sol. Yo tambien, si V. Alteza
gusta de quedarse sola.
Bern. Aqui un Escudero aguarda.
Sol. Aqui una Esclava se postra.
Vanse Sol, Bernardo, y Monzon, y sale el Rey leyendo un papel, Don Gaston, y Don Rubio.
Rub. Ya no es possible callar
en llegando à esta ocasion.
Rey. Conde, tan grande traicion
el Cielo ha de castigar,
y en mi lo fuera engañar
al Conde de Barcelona,
cuyo amor, cuya persona
no merece, aunque lo intenta,
que yo le embie una afrenta,
quando espera una Corona.
Gast. Supuesto, que V. Alteza
resoluciones ignora,
y la Infanta mi señora
oye con tanta aspereza
mi embaxada, à su grandeza
suplico, y à vos, señor,
deis licencia :: *Rey.* Qué dolor! *ap.*
Gast. Para poderme partir.
Rey. Don Gaston ::
Gast. Esto es cumplir
las leyes de Embaxador.
Rey. Bien sabe el Cielo, que siento
del Conde el pesar; y fio,
que ha de ser mayor el mio,
que su justo sentimiento:
por ahora el casamiento
no es possible que assenteis,
esto al Conde le direis.
Inf. El gozo apenas resisto. *ap.*
Gast. Siempre en vuestro pecho he visto,
señor, que merced le haceis.
Rey. Querrá el Cielo, que algun dia ::
Gast. Ya, señor, es escusado,
que mi dueño me ha mandado
dexe

dexe tan juſta porfia:
orden expreſſa me embia
para partir; oy lo haré,
pues ya para hacerlo, sé
que me ofrece en ſu triſteza
licencia, y mano ſu Alteza,
y vos el invicto pie.

Hace corteſia, y ſe va.

Rey. Aqui importa, Conde amigo,
la prudencia, y el engaño;
gran remedio à grande daño,
à gran traícion gran caſtigo.
Infanta, hermana, oy conſigo
la quietud que pretendí,
alegraos, no eſteis aſsi;
baſta, dexad la triſteza.

Inf. Guarde Dios à V. Alteza,
ſeñor, mas años que à mi.

Rey. Pudierais haberme hablado,
pues que vueſtro hermano ſoy,
y la embaxada de oy
no ſe hubiera dilatado:
conoces eſte firmado,
y encarecido papel? *Dáſele.*

Inf. Ay Dios! muerta ſoy; en él, *ap.*
ſeñor, mi delito veo,
mi muerte, y tu enojo leo:
ha traydor Conde! ha cruel! *ap.*

Rey. Qué te alteras? dexa el miedo.

Inf. Temo, ſeñor, tu rigor.

Rey. Suſpende ahora el temor.

Inf. Como en tu preſencia puedo?

Rey. Como tu hermano procedo.

Inf. Como culpada te miro.

Rey. De nada, Infanta, me admiro.

Inf. Eſtoy muerta, eſtoy ſin mi.

Rey. Deſahogate, habla, di.

Inf. Oye deſpues de un ſuſpiro:
Valeroſo Alfonſo el Caſto,
cuyo nombre has merecido
por la integridad que gozas,
por la pureza que invidio:
Hermano, Rey, y ſeñor,
ſi con el nombre te obligo
de hermano, con el de Rey
te ſolicito el caſtigo,
con el de ſeñor te ofendo,
con el de Caſto te irrito,
que quien no ſabe de amor,
aborrece ſus delirios.
Pero no me atiendas Caſto,
hermano, atencion te pido,
porque con menos verguenza
llegue el perdon al delito.
Yo miré (terrible trance!)
yo eſcuché (cruel martirio!)
yo quiſe (qué deſconſierto!)
yo amé (qué gran deſvarío!)
à un hombre, bien digo hombre,
ſi es cierto que entre infinitos,
él ſolo puede ſer hombre:
quiſe al Conde, ya lo he dicho;
quiſe al Conde de Saldaña;
ſu perſona, ya la has viſto,
ſu nobleza, ya la ſabes,
ſu valor, ya es conocido,
ſu diſcrecion, ya es notoria:
pues qué inexpugnable riſco
no ſe hunde, no ſe abate,
ſi le embiſten atrevidos
perſona, valor, nobleza,
diſcrecion, gala, y cariño,
y mas quando es el amor
deſtos Soldados caudillo?
Yo me rendí, no ſoy piedra,
yo me humillé, no ſoy riſco,
quiſele bien, ſoy muger:
ò quanto en eſto te he dicho!
Bernardo, ſeñor, Bernardo
es tu ſobrino, bien digo;
el Conde, quien te ſoborna
con tan heroyeos ſervicios;
yo tu hermana, y él mi eſpoſo:
cuñado, hermana, y ſobrino,
à tus pies piden la muerte,
y yo por todos la pido,
que como la mas culpada,
buſco mayores caſtigos.

De rodillas.

Rey. Ximena, à mis brazos llega,
que aunque ſea juſto el temor,
ſoy tu hermano, y ſé que amor
deslumbra, confunde, y ciega.
Que aunque de amor no he ſabido,
ſus miſterios no he ignorado,
que ya, Ximena, han llegado
al alma por el oído;
y ſé que de ſus miſterios
lloraron fatales dias
abraſadas Monarquias,

y

y aun arruinados Imperios.
A perdonaros me obligo,
y al Conde he de perdonar,
pues ya no puedo escusar
el daño con el castigo.
Que aunque tan mal corresponde
su lealtad à su nobleza,
he menester su cabeza;
vivid vos, y viva el Conde.
Retiraos, y hasta que sea
vuestro esposo, como aguardo,
no os dexeis ver de Bernardo,
ni el Conde, Ximena, os vea;
que me enojaré con vos,
si sé que le habeis hablado,
hasta haberse desposado.
Inf. Mil años os guarde Dios. *vase.*
Rey. De buen tercero fiaba *ap.*
reducir la voluntad
de la Infanta, con lealtad
la hablaria, quando hablaba
del Conde de Barcelona!
Quien duda, que alli sería,
entre la suya, y la mia,
preferida su persona?
Rub. Ahora, Infanta, me vengo
de aquel tu desden prolixo,
en ti, en el Conde, y tu hijo.
Rey. Ira, y colera prevengo.
Rub. Qué piensas hacer?
Rey. Si vos,
Conde ayudais mi esperanza,
Leon verá en mi venganza
el castigo de los dos.
Rub. Y no decis del Bastardo?
Rey. No Conde, que él no nació
culpado, ni tengo yo
quexa alguna de Bernardo;
ayudele su fortuna.
Al punto haréis despachar
un Correo, que à llevar
parta al Castillo de Luna
este aviso, y este pliego.
Rub. Luego à obedecerte voy.
Rey. Tan ciego en colora estoy,
que aun es tarde siendo luego.
Rub. El Conde viene. *Rey.* Esperad,
dissimulad advertido.
Sale el Conde de Saldaña.
Cond. O qué mal aguero ha sido *ap.*
deste encuentro la mitad!
Rey. Conde, dos dias cabales
sin verme, tanto rigor
no lo merece mi amor.
Cond. Beso vuestros pies Reales
por favor tan señalado,
que para mi el daño ha sido,
pues esse tiempo he perdído
de vivir, que os he faltado.
El Conde es noble en efecto, *ap.*
yo pensé mal, y ofendí
su lealtad, pues presumí,
que revelára el secreto.
Rey. Ya en efecto se partió
el Catalán despachado.
Cond. Nadie à sentir ha llegado
su disgusto como yo.
Rey. De vuestra lealtad lo creo.
Cond. Ser gusto de vuestra Alteza,
pudo ser en mi nobleza
mas afectado el deseo.
Rey. Conosco vuestra intencion,
y estoy de vos satisfecho;
y pues sabeis de mi pecho
la noble resolucion,
y el deseo que he tenido,
al Catalán, corresponde;
aunque yo enviaba al Conde,
viendoos, me he arrepentido;
porque sé quanto valeis,
y que altivo, y cortesano
me disculparéis, hermano,
y Rey, me disculparéis.
Partid, Conde, por mi vida,
y sea con presteza tanta
vuestra buelta, que la Infanta,
no entienda vuestra partida,
porque à ella le habeis de echar
toda la culpa. *Cond.* Señor
(aquesto es lo que à mi amor *ap.*
mas bien le pudiera estar)
iré, señor, y veréis
mi mayor lealtad, sirviendo.
Rey. Por vida vuestra, que entiendo
esso mismo que entendeis.
Dadle, Conde, porque parta,
esse pliego. *Dasele.*
Cond. Gran fortuna!
Rey. En el Castillo de Luna
dad à su Alcayde essa carta,

y paſſad vueſtro camino.
Cond. Seré en lenguage Eſpañol
un rayo de vueſtro Sol,
que à Barcelona fué, y vino. *vaſ.*
Rub. Quien lo entendido, y prudente
buſca, en tu valor lo vea.
Rey. El miſmo quiero que ſea
el miniſtro, y delinquente.
Salen Bernardo, y Monzon.
Bern. Yo vengo determinado.
Monz. Qué dices? *Bern.* Eſto conviene;
quien Padre, Monzon, no tiene,
oficio no tenga honrado.
Rey. Pues Bernardo? *Bern.* A V. Alteza
llego, señor, ofendido,
de haber al Mundo nacido
con valor, y ſin nobleza.
El Conde Rubio, à quien yo
Padre he llamado haſta aqui,
enojado contra mi,
que no lo es me confesó.
Y aunque à enojo, y ſeguedad
puedo haberlo atribuido,
en lo mal que me ha querido;
reconocí que es verdad.
De villano me ha tratado;
y ya veis que no conviene,
que aquel que Padre no tiene
viva en Palacio afrentado.
Que es moleſto, è importuno,
señor, à quantos le vén,
quien Padre no tiene, y quien
nació hijo de ninguno.
Vos me ceñiſteis la eſpada,
eſſa yo la guardaré,
porque en quanto à mi yo sé,
que eſtá muy bien empleada.
Mas haſta que el Mundo aſſombre
con ella, me habeis de dar
licencia, para dexar
la plaza de Gentil-hombre.
O manda con ſoberano
imperio, pues à vos vengo,
que diga el Padre que tengo,
ſi ſea noble, ò ſea villano.
El Conde eſtá aqui, él lo ſabe,
él lo publica, y lo dice;
ſi nací tan infelice,
no quiero oficio tan grave,
que no es bien dar ocaſion
à que un hidalgo entonado
me diga, que con mi lado
ſe afrentan los que lo ſon:
Porque quando en eſto me halle,
aunque eſteis preſente vos,
le arrojaré, vive Dios,
por un balcon à la calle.
Monz. Eſto con muy linda gala
ſaldrá à la calle violento,
como pelota de viento
deſpedida de la pala.
Rey. Qué valiente! qué diſcreto! *ap.*
laſtima tengo, y dolor;
eſte afecto del amor,
y aquel de la ſangre efecto.
Conde, hiciſteis mal, por Dios,
en tratar con eſpereza,
à quien para ſu nobleza
no os ha meneſter à vos.
Rub. Licencia tiene, señor,
quien como yo le ha criado,
para moſtrarle enojado
ſeveridad, y rigor;
que ſu condicion es tal,
que ſi blandura ſintiera,
en desbocada carrera
ſe precipitára al mar.
Rey. No ſois villano, Bernardo;
que aunque al Conde no debeis
el ſér, nobleza teneis
de eſpiritu tan gallardo.
Quando os armé Caballero,
y el de Saldaña os juró,
ni él os conoció, ni yo
ſupe à quien ceñí el acero.
Ya lo ſé, una ſangre alienta
la nobleza de los dos;
quien os afrenta à vos,
à mi, Bernardo, me afrenta.
Mi ſobrino ſois, y aſſi,
por eſcuſar de eſſe exceſſo,
en publico lo confieſſo,
ſed Gentil-hombre por mi.
Ninguno es en toda Eſpaña
mas noble; eſtimad mejor
el oficio, y el valor,
que os dió el Conde de Saldaña:
para que la invidia necia
vea, y llore de camino,
que un Rey os llama ſobrino,

quando hijo un Conde os desprecia.
Bern. Ya, señor, que de honras tales
me habilitais cuerdo, y sabio,
puesto el generoso labio
sobre vuestros pies Reales,
os pido, suplico, y ruego,
permitais, que sepa yo
el Padre, que el sér me dió.
Rey. Esto no ha de ser tan luego.
Bern. Mayores ansias me dan,
señor, mientras mas aguardo.
Rey. Mi sobrino sois Bernardo,
y ahora no sepais mas.
Vamos, Conde: por traydor
declaro al que descubriere
à Bernardo, sea quien fuere,
quien es su Padre. *Rub.* Señor,
secreto sabré guardalle.
Rey. Esto à mi servicio importa.
Bern. Qué sea mi dicha tan corta! *ap.*
Monz. No es fino larga de talle.
Albricias debieras dar,
si ya no es que tu codicias
ahorrarte las albricias,
pues yo las he de cobrar.
Bern. Qué hijo al fin no nací
del Conde Don Rubio? *Rey.* No.
Bern. Quien lo verifica? *Rey.* Yo.
Bern. Soy vuestro sobrino? *Rey.* Si.
Bern. Pues lo demás que callais,
algun dia lo sabré,
que ilustre mi Padre fué,
pues sobrino me llamais;
solo falta que la mano
me deis. *Rey.* Los brazos os doy.
Monz. Item mas:: *Rey.* Qué?
Monz. Que desde oy
no le trate de villano
el señor Rubio; pues ya
será fuerza que confiesse
que es delito, y crimen esse
de sobrino. *Rey.* Bien está.
Monz. Item: pues desde este dia
es sobrino despadrado,
haya quien tenga cuydado
de su bocolica, y mia:
Item. *Rey.* Hay mas desatinos,
Monzon. *Monz.* Que en el cartapacio
de las Damas de Palacio
nos traten como sobrinos:
Item:: *Rey.* Otra?
Monz. Esta es immensa:
que todo aqueste arancél
guarden conmigo, y con él,
botillería, y despensa.

Vanse todos, y sale el Conde de Saldaña de camino.

Cond. Con tanta priessa he venido,
y con tanta he de passar,
que el camino ha de dudar
si he volado, ò si he corrido.
Pediréle alas al viento;
mas serán torpes, y malas,
que no he menester sus alas,
si voy en mi pensamiento.
Y mas quando en este calma
el Sol que ilumina el dia,
leves suspiros me embia
por mensageros del alma.
Mas pues no puedo escusar
el poner en propria mano
esta carta al Castellano
de Luna, quiero llamar.
Qué notable fortaleza!
qué bien mudado Castillo!
qué desplomado rastillo!
qué omenage! qué grandeza!
Qué dificultosa entrada!
apenas la herida puerta
se permite al Sol abierta;
parece estancia, y morada
del miedo, à horror me provoca:

Toquen dentro.

mas con regalado acento
tocar oygo un instrumento;
no toca mal quien le toca.
Cant. Contento, ázia donde estás,
que el Mundo todo te adora;
por hallarte, quien te ignora,
quien te halla, por que te vás?
Cond. A quien (ay Cielos!) no espanta
ver que al contento oportuno,
jamas le tiene ninguno?
Qué bien dice! qué bien canta!
Siempre el contento faltó,
siempre en su sombra se ofusca;
quien no le tiene le busca,
quien le tuvo le perdió.
Cant. Forman de ti sentimiento
humildes, y poderosos,

si à todos tienes quexosos,
por qué te llaman contento?
Contra ti es claro argumento,
quando caminando vás,
lo incierto, que siempre estás,
llorando quando te adora,
por hallarte, quien te ignora,
quien te halla, porque te vás.
Cond. Vive Dios, que ha suspendido
mi alma esta voz! ò quanto
à la dulzura del canto
se persuade el oído!
Qué inconstante es la fortuna!
qué de por vida el pesar!
más quiero llamar, y entrar:
Ha del Castillo de Luna.
En lo alto el Alcayde.
Alc. Quien llama?
Cond. Quien irse luego
pretende: abrid, Castellano,
porque ponga en vuestra mano
del Rey de Leon un pliego.
Alc. Que vuestro nombre me deis
espero. *Cond.* Malicia extraña!
El Conde soy de Saldaña.
Alc. Suplicoos que perdoneis.
Cond. Nunca el orden se condena;
abrid, Alcayde, el Castillo.
Entrase el Alcayde.
Alc. Ya han levantado el rastillo,
entrad, Conde, en hora buena.
Cond. Voy à entrar: el corazon
me dice: Jesus, qué engaño!
qué discurso tan extraño!
qué fantastica ilusion!
Entraré, ò daré la carta
sin entrar? Terrible puerta!
ò quanto el temor despierta
quien de su lealtad se aparta!
Ay, Infanta de mi vida!
si à verte no bolveré?
Parece, que en cada pie
tengo una montaña asida.
Si el Rey: mas esto es locura;
mortal parece que estoy,
y que por mi pie me voy
entrando en la sepultura.
A resolverme no acierto,
temeroso, y discursivo,
quando discurro, estoy vivo;
quando immovil, estoy muerto;
Ya es fuerza que me resuelva
à la obediencia importuna;
entro al Castillo de Luna,
plegue à Dios que à salir buelva. *Entra.*
Sale el Alcayde, y Soldados.
Alc. Con orden del Rey, sin duda,
viene el Conde. *Sold.* Qué será?
Alc. Ella misma lo dirá,
que obra ciega, y habla muda:
salir quiero à recibirlo.
Sale el Conde.
Cond. Bien lo podeis escusar,
Alcayde. *Alc.* Oy tiene de honrar
V. Excelencia este Castillo.
Cond. Es impossible, que passo
muy de prissa à Barcelona
à cosas de la Corona;
y como esta Fuerza es passo,
me mandó el Rey, que este pliego
os diesse: abrirle podeis, *Dasele.*
porque vos le executeis,
y porque yo parta luego;
que he de bolver à Leon
tan acelaradamente,
que dude, si he estado ausente,
la mas curiosa atencion.
Alc. Conde. *Cond.* De qué os admirais?
Alc. De que el Rey lo que decis
no escribe, y de que venis
mas de espacio que pensais.
Cond. Como? qué pudo escribir?
Alc. El Rey: escuso el decillo.
Soldados, echád el rastillo,
que el Conde no ha de salir:
leed, Conde, estos renglones.
Toma el pliego el Conde.
Cond. Primero, Alcayde (ay de mi)
con el alma los leí.
Alc. Prevenid luego prissiones.
Cond. O, qué bien agradecido *ap.*
os he de estar, corazon!
vuestras profecias son
tan ciertas como esta ha sido.
Vá uno para la cadena.
Mas porque de verdadero
os canonicen, y crean,
lean los ojos, y vean
lo que vos visteis primero.
Lee. Alcayde del Castillo de Luna luego,

 que

que haya llegado el Conde de Saldaña con este, ù otro despacho, le sacareis los ojos, y le pondréis en la mas obscura prission del Castillo. *Yo el Rey.*

Llegasteis, desdichas mias;
mas no hicisteis mucho, no,
si os ayudó el Rey, y yo
traygo las cartas de Urias.
Prendióme el Rey, bien pudiera
temblar conmigo el rigor;
mas quien no sabe de amor,
achaques tiene de fiera.
De nada tanto me aflixo,
aunque mas penas aguardo,
como de que à mí Bernardo
le encubrí que era mi hijo.
Ha, Rey! cautelas, y engaños
à tu prission me han traído,
sepultando en el olvido
servicios de eternos años.
Vive Dios, que me provoco.

Alc. Ya, Conde, no es tiempo de esso;
considerad, que estais presso.

Cond. Perdonadme, que estoy loco.

Alc. A un Soldado de los dos
entregad la espada luego.

Cond. A vos Alcayde, os la entrego,
y harto hago en darosla à vos,
y tratadme con decoro,
que aunque presso, soy quien soy,
y en aquesta espada os doy
muchas victorias del Moro,
que al Rey mi señor he dado
escritas con sangre roxa
en el libro de una hoja
de este azero desgraciado.

Alc. Prevenid una cadena. *Ponenselas*

Cond. Yo os agradezco el rigor,
que un prissionero de amor
à estos yerros se condena.

Alc. Prissiones de enamorados
siempre son graves prissiones.

Cond. Son de oro los eslabones,
y por esso son pesados.
Y que me saqueis los ojos
tambien he de agradecer,
por tener mas que ofrecer
al dueño de mis enojos.
A, divina Infanta mia!
los ojos mi amor te ofrece,
para que mi noche empieze
donde se acabó tu dia.

Alc. Apelad al sufrimiento,
Conde, que à esso se dispone
aquel que atrevido pone
sobre el Sol su pensamiento.

Cond. Vamos, ojos, al crysol
de amor os he de entregar;
quien al Sol pudo mirar,
no buelve à mirar al Sol.
En obscuridad, y espanto
quedais; y pues para ver,
ojos no os he menester,
ciegos bastais para el llanto.

Alc. Qué lastima! qué dolor!

Cond. Muera assi quien no recela
de un sabio Rey la cautela,
y la invidia de un traydor.
Pero en efecto, aunque mas
la invidia sea contra mi,
la gloria que mereci
no podrá borrar jamás.
Ni el Rey, ni el Mundo podrán
reducir à eterno olvido,
lo que ya una vez ha sido;
aunque el castigo me dán,
quede ciego, quede en calma
quien gozó tales despojos,
porque se salga à los ojos
la calentura del alma.
Pues, ojos, dexaos echar,
que ya la fama responde:
Aqui tuvo fin un Conde,
qué desdicha! qué pesar!

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey, y Don Rubio.

Rey. Agradecido os estoy,
Conde Don Rubio, al aplauso,
y grave recivimiento,
que ayer, generoso, y franco,
hicisteis à mi sobrino
Bermudo, à quien he llamado
para hacerle mi heredero:
assi me vengo, assi trato *ap.*
de hacer mas grave el castigo,
mas penoso, y mas pesado
en mi injusta hermana.

Rub. Ha sido

dig-

digna eleccion de un Rey Casto.
Rey. Verdad es que con la pena,
y el enojo, atropellando
la colera à la razon,
del primer furor llevado,
tambien ofrecí lo mismo,
Conde, al Francés Carlo Magno;
la respuesta ha diferido,
no sé si querrá aceptarlo.
Rub. Viendo, señor, que ya tienes
heredero, será agravio
de la Nacion Española.
Rey. Hermana, pues causa has dado
à esta accion; bien es la veas,
para hacer mayor tu llanto,
con la eleccion de Bermudo,
que han de jurar mis vassallos.
Rub. Ya conoceis mi lealtad.
Rey. En que se ocupa Bernardo?
Rub. Rompiendo lanzas está
en el Parque de Palacio.
Rey. Bien está, ocupense en esso
sus pensamientos bizarros.
Rub. Ya la Infanta, con sus Damas,
y Bermudo acompañado
de la Nobleza han venido.
Rey. Bolved la silla, que en acto
como este, quiero que sirva
à mi grandeza, y su espanto,
con la cortina de Asturias
todo el dosel Castellano.
Sientase el Rey, y vase Don Rubio, y tocan caxas, y sale la Infanta por una puerta, y por la otra Bermudo muy galan, y acompañamiento, y hacen reverencia al Rey.
Rey. Tomad assiento, Bermudo:
Doña Ximena, sentaos.
Berm. Primero, señor, primero,
pues de Asturias he llegado
à veros, daréis licencia
para que os bese la mano.
Inf. La misma licencia os pido.
Berm. Ya la espero. *Inf.* Ya la aguardo.
Rey. Tiempo havrá para esso, haced
ahora lo que yo mando: *Sientanse.*
Bien sé Bermudo, bien sé,
que extrañareis el llamaros
tan apriessa, no sabiendo
la causa para que os llamo.
Berm. Tu carta, señor, me dieron
en Cobadonga, y fue tanto
mi alborozo, que partí
con solo veinte hidalgos,
que me estaban assistiendo,
y sobre el mismo caballo,
en que andaba à caza.
Dentro Bernardo. Abrid,
que para mi no hay cerrada
carcel, ni cerrada puerta.
Sale Bernardo con lanza, y Monzon armado lo mejor que pueda.
Bern. En la forma que me hallaron
las nuevas de este sucesso,
vengo, señor, à Palacio,
cansado de romper lanzas;
mas no de servir cansado:
hecho un erizo de puntas
queda el Faqui, tres caballos
he rendido, y treinta lanzas
en desmentidos pedazos
subieron à ser centellas
entre los ardientes rayos
del Sol, bolviendo despues
pálida ceniza el campo.
Alteranse, y se levanta Bermudo.
Rey. Bolveos à sentar Bermudo,
no os altereis, que Bernardo
armado os dá el parabien,
y el bienvenido os dá armado:
vive Dios, que le ha temido! *ap.*
Berm. Si acaso es este el Bastardo, *ap.*
por cierto que es lindo mozo,
y por extremo bizarro.
Bern. No me habla el tal Bermudo? *ap.*
pues yo tampoco le hablo:
guarda esta lanza, Monzon. *Dasela.*
Monz. Vive Christo que han temblado
y que pensaron sin duda,
que entrabas à lancearlos.
Berm. Vuestra Alteza me permita,
que à un hombre que importa tanto
en tu presencia, eché menos;
como, si aqui se han juntado
para accion tan grande, falta
el mayor de sus vassallos,
el mas noble, el mas leal,
el mas valiente, y bizarro,
el gran Conde de Saldaña!
Rey. Está ausente, y ocupado

en

en cosas de mi servicio.

Sale un criado.

Criad. El Embaxador del Carpio
pide para entrar licencia.

Rey. Entre Abenyusef.

Monz. El perrazo,
qué galán viene de plumas!
qué soberbio, qué hinchado!

Sale Abenyusef, Embaxador Moro.

Aben. Alfonso valeroso el Cielo guarde
te Real persona, y mayor trofeo,
antes que llegue el Sol donde mas arde
se corone tu frente de hymeneo.

Rey. Vamos al caso Embaxador, q̃ es tarde
lo que dice tu Rey saber deseo.

Aben. Sino me engaña, Alfonso, el pensamiento,
albricias me has de dar, estáme atento.
Almanzor, q̃ en Toledo, y sobre el Tajo
tiene su Alcazar, su silla tiene,
à quien tanto cristal sirve de espejo,
que à porfia del Sol es luz perenne:
salud por mi te embia, el consejo,
que por suyo, y primero te conviene
tomar, no pienso mal, si considero,
que siendo tu enemigo es el primero.
Dice, que sabe por noticias ciertas,
que por guardar la castidad q̃ guardas
(no sé, señor, si en esta parte aciertas)
la succession anules, y acobardas,
y entregas, capitúlas, y conciertas,
à Castilla al Francés, cuyas gallardas
Lises convidas (qué barbara hazaña!)
à la invencion de la invensible España.
Y assi de tus intentos condolido,
con noble pecho, y con piedad humana
te pide, y yo, señor, por el te pido
la divina hermosura de tu hermana,
para su esposa, puesto que vencido
está el inconveniente de Christiana,
y no professar iguales leyes,
con exemplares muchos de otros Reyes.
Si en esto vienes, si à conciertos tales
te inclinas, estimando la persona
de Ximena, pondré à sus pies Reales
el laurel immortal de su Corona,
y vinculado pazes immortales,
parentesco que la sangre en sí eslabona
adornarán sus sienes algun dia,
Lorca, Murcia, Xerez, y Andalucia.
Pero si ingrato su amistad desprecias,
pero si entregas al Francés las llaves,
à una guerra darás dos causas necias,
à un castigo darás dos culpas graves:
si de Español legitimo te precias,
como olvidarte de Pelayo sabes?
como al Francés (resolucion extraña!)
entregar quieres la indomable España?
Pues primero que en ella belicoso,
Carlos, de ti llamado, estampe huellas,
has de ver nuestro Exercito copioso
vengar à España en su mayor querella:
que bien sabrá, valiente, y animoso,
quien conquistarla supo, defendella;
y à ti, despues que la haya defendido,
te quitará el laurel no merecido.
Esto me manda mi Rey te notifique,
con la paz te convida, ò con la guerra,
aquella acepta, ò esta se publique;
su amistad oye, ò los oidos cierra,
porque al enojo, ò la piedad se aplique
à perdonar, ò arruínar tu tierra;
que para resistir tanto enemigo,
primero Alfonso, ha de acabar contigo.

Rey. Quiero, atento à mi decoro, *ap.*
que Bernardo hable por mi.
Ya tu embaxada entendí:
Bernardo responde al Moro.

Bern. Dile à tu Rey, que se engaña,
ò que lo engaña el traydor,
que imputó al Rey mi señor,
que quiere entregar à España.
Y que tambien se condena
à otro engaño, en entender
que puede ser su muger
la Infanta Doña Ximena.
Dos veces su engaño sienta,
si necio por él suspira,
que lo primero es mentira,
y lo segundo es afrenta.
Con esto te he respondido,
y quando hacer guerra intente,
dile, que junte su gente,
dile, que marche atrevido.
Pero que si en Francia acaso
nos juntamos yo, y él,
partiremos el laurel,
impidiendo à Francia el passo.
Y que serémos amigos
contra la furia Francesa;

pero

pero acabada la empreſſa,
eternamente enemigos.
Porque atento à mi valor
confieſſe Eſpaña deſpues,
que la defendí al Francés,
y la libré de Almanzor.
Y pueſto que aqui has andado
arrogante, y atrevido,
el caſtigo merecido
à tus locuras no he dado,
porque Embaxador no ofendes,
y enojado contra Francia
te perdono la arrogancia,
por lo que à Eſpaña defiendes. *ap.*
Aben. Mi embaxada deslució.
Bern. Vete, goza de la ley;
y ſi pregunta tu Rey
quien la reſpueſta te dió,
dile que en pecho gallardo
reſpondió à ſu deſatino,
del Rey Alfonſo un ſobrino,
y que ſe llama Bernardo.
No te vas? *Aben.* Graves reſpueſtas!
Bern. Aguardas à que me enoje,
y que enojado te arroje
por una ventana deſtas?
Aben. Peſo yo mucho, Bernardo,
y es mi Rey muy poderoſo.
Bern. Huelgome, que ſeas brioſo.
Aben. Huelgome, que ſeas gallardo:
quando en preſencia del dia
reſplandece alguna Eſtrella,
es ſeñal que toca en ella
del Sol la ardiente harmonía;
y pues tu brillando eſtás
en preſencia del Sol, creo,
que es conforme à ſu deſeo
la reſpueſta, y luz que dás.
Bern. No de un Sol, de muchos Soles,
un Eſpañol ſe acompaña.
Aben. Tambien los Moros de Eſpaña
ſomos, Bernardo, Eſpañoles.
Bern. Africanos ſois, que en ella
vueſtro Imperio dilataſteis.
Aben. Y voſotros no baxaſteis
de la Scitia à poſſeella?
Aliento, eſpiritual, y manos,
nos influye un Cielo à todos:
qué tuvieron mas los Godos,
que tienen los Africanos?
Bern. Ganarla al Romano arnés
nueſtras valientes eſpadas.
Aben. Y noſotros à lanzadas
os la quitamos deſpues.
Bern. Que fue à lanzadas conoces,
mucha ſangre derramando;
mas yo la iré reſtaurando
à bofetadas, y à coces.
Aben. Tira, y te reſponderá
aquella abraſada aroma,
aquel carbon de Mahoma,
aquel pebete de Alá,
aquel aduſto tizon,
ò abraſante maravilla,
que develando à Caſtilla,
à ſus pies puſo el Leon.
Bern. Arrogante, Moro, eſtás.
Aben. Toda la arrogancia es mia.
Bern. Yo te buſcaré algun dia.
Aben. En el Carpio me hallarás,
que Alcayde del Carpio ſoy.
Bern. Ya dudo que en él me eſperes.
Aben. Ay de ti, ſi al Carpio fueres! *vaſ.*
Bern. Ay de ti, ſi al Carpio voy!
Rey. Invencible es ſu valor. *ap.*
Bern. Perdona, ſi en tu preſencia,
me he tomado eſta licencia
de reſponder à Almanzor,
colerico, y arrojado;
porque sé por coſa llana,
que ni le has de dar tu hermana,
ni al Rey de Francia tu Eſtado:
pues quando tu hacer intentes
qualquier coſa de las dos,
lo eſtorbarán, vive Dios,
tus vaſſallos, y parientes.
Bern. Qué valor tan atrevido! *ap.*
Rey. Bernardo, eſtá muy bien hecho;
de vos eſtoy ſatisfecho,
muy bien habeis reſpondido:
beſad ahora la mano
à Bermudo, en quien eſpero
tengo Principe heredero
el Leonés, y Caſtellano.
Bern. Eſſa es injuſta eleccion,
que toda piedad condena,
viviendo Doña Ximena
tu hermana, Infanta en Leon,
à ella ſi, por ſoberana
ſeñora, beſaré el pie,

obe-

obedeciendo, antes que
à tu sobrino, à tu hermana.
Y si por muger perdió
la accion al Reyno, imagino,
que sobrino por sobrino,
ninguno es mejor que yo.
Rey. Si porque sobrino os diga,
Bernardo, os desvaneceis,
oídme atento, y sabréis,
la razon, que à ello me obliga.
Bern. Pues para haber de escuchar
mas conforme à mi decoro,
la silla que dexó el Moro
bien la puedo yo ocupar, *Sientase.*
que la merezco mas bien,
y estoy, como veis, armado,
de romper lanzas cansado,
y de estar en pie tambien.
Rey. Ya es sobrado atrevimiento:
levantaos y estad en pie.
Bern. Nunca la silla dexé,
quando una vez tomé assiento.
Rey. Qué es aquesto vil bastardo?
Inf. Señor :: *Berm.* Mire V. Alteza::
Bern. Vuestra es, señor; mi nobleza;
yo soy el mismo Bernardo,
que habeis honrado hasta aqui,
à quien Caballero armasteis,
à quien sobrino llamasteis:
y siendo, señor, assi,
mi honra está à vuestra cuenta,
pues dixisteis, vive Dios:
Quin os afrentare à vos,
à mi, Bernardo, me afrenta.
Y pues ya de vuestra boca
afrentas tales oí,
la mitad me toca à mi,
y à vos la mitad os toca.
Rey. O villano, mal nacido!
tambien conmigo se iguala
prendedle. *Bern.* No hay en la sala
ninguno tan atrevido.
Rey. Qué esto sufro! qué esto aguardo!
no hay ninguno que se atreva?
matadle. *Bern.* Nadie se mueva,
cobardes, que soy Bernardo:
dame essa lanza. *Monz.* A ocasion
la pides. *Rey.* Llegad, prendelle,
vassallos. *Monz.* Nadie resuelle,
cobardes, que soy Monzon. *vans.*
Bern. Temerario atrevimiento! *ap.*
Rey. A quien me dió este enemigo,
yo le daré igual castigo:
ola, llevad a un Convento
à Ximena, muera en él
sin ver al Sol. *Inf.* Tus enojos
sienten con llanto mis ojos.
Berm. No es grandeza el ser cruel:
mira señor:: *Rey.* Quien nació
mi sangre, cómo no siente
mi agravio? Aspid rebiente
quien este monstruo parió.
Inf. Ojos, de tristeza llenos,
pedid llanto al corazon,
pues de que os falta ocasion
no os podeis quexar al menos.
Bien, que entre tantos enojos,
sin duda os podeis quexar,
que sois pocos à llorar,
si habeis de llorar enojos.
La pena que el alma siente,
aliviarla no podeis,
pues ya veo, que ofreceis
à mucho mas corta fuente.
Mas para males tan largos,
para penas tan crecidas,
para tales avenidas,
ojos, convertios en argos.
Rey. Quien con libre destamplanza
se ofende, y me ofende à mi,
pidiendo está contra sí
el castigo, y la venganza.
Berm. Señor. *Rey.* No hay que replicar,
à un tiempo habeis de partir,
por alli vos à morir,
por aqui vos à reynar.
Vanse, y sale Abenyusef.
Aben. Justamente enojado, y ofendido,
la respuesta Almanzor, de Alfonso ha oído;
y para castigar ya justamente,
toma las armas, y convoca gente.
Ya está la furia mia
midiendo el tiempo, y deseando el dia
de verme en la Campaña
con aquel su sobrino, que de España
la libertad tan à su cargo toma,
desprecio de Almanzor, y de Mahoma.
O, extraño desvario!
ò arrogante Nacion! ò Español brio!
Sale

Sale Monzon de Moro, vestido à lo gracioso, con un papel.

Monz. Jesus! Temblando llego,
ciego de lengua, y de razones ciego;
valgame un estornudo de Bernardo:
mucho en hablar à este Moro tardo.
Qué diré, que no acierto à saludalle!
Alá y zalema. *Ab.* Extraordinario talle!
Quien eres? *Monz.* Soy un paje à media rienda,
de un Moro (plegue à Dios que no lo entienda)
que sale desterrado de Toledo,
y este papel te escribe. *Aben.* Escusa el miedo,
llega mas. *Mon.* No es, señor, sino respeto,
que soy muy cortesano, y muy discreto:
vive Dios q̃ el Demonio no intẽtára *ap.*
resolucion igual, ni accion tan rara.

Lee Aben. Valeroso Abenyusef, solo por darte cuenta de mis cosas, quise passar por el Carpio: fuera de las Murallas te aguardo, confiado en tu nobleza. Alá te guarde.

No firma. *Mon.* Es discreto el almo mio.
Aben. Mas parece papel de desafio.
Monz. Jesus! Es muy tu amigo,
de que soy buen testigo,
que viene muy de paz: no lo entendiste.
Aben. Qué es lo que dixiste?
Monz. Perdido soy, Jesus dixe: q̃ mengua!
lo que en el alma está dice la lengua.
Aben. Como se llama?
Monz. Aqui me coge vivo; *ap.*
Don:: *Aben.* Como?
Monz. Mal los nombres apercibo.
Aben. Tu dueño has olvidado?
Monz. Soy flaco de memoria, y descuydado:
mas Dios me acuerde si afirmarlo puedo;
Azar, que es desterrado de Toledo,
que es en Azarques muy antigua maña,
el vivir desterrados en Ocaña.
Aben. Ahora bien dile que entre, sea quien fuere.
Mon. Como va desterrado, hablarte quiere
primero. *Ab.* Entre aũq̃ vaya desterrado.
Mon. Esso será despues de haberte hablado;
porque tambien, y todo,
como vá desterrado, importa el modo,
y el ablarte de passo,
porque va desterrado. *Ab.* Extraño caso!
Qué haceis en referirme este destierro?
Mon. Dificil es, por Dios, cazar un perro,
y mas si el perro se convierte en galgo.
No fuera malo prevenirnos algo
de comer, porque estamos
en ayunas los mozos, y los amos.
Aben. Basta, que él es criado entretenido.
Monz. Comeré como un lobo descosido;
pero no has de olvidarte de que espera
mi amo. *Aben.* Luego voy.
Monz. De esta manera *ap.*
le he engañado, y le asseguro.
Aben. Donde decís que está?
Monz. Fuera del muro:
no quieras dilatallo.
Aben. Mientras tu comes, me pondré à caballo. *vas.*
Mon. Qué comer? guarda Pablo, q̃ por yerro
vendrá à ser la comida pan de perro,
cogiendome entre puertas
estos, que ahora me las dan abiertas;
mientras toma el caballo se la pego,
tomando las del mismo Villadiego.

Vase, y sale Bernardo de Moro, con lanza, y adarga.

Bern. Cuydadoso de Monzon,
arreatado à un fresno dexo
el caballo, y poco à poco
à las murallas me acerco,
por si sale Abenyusef:
el hecho mas arduo intento,
que acreditan las Historias
de los Romanos, y Griegos;
pero ya buelve Monzon.

Sale Monzon.

Monz. Dame tus brazos.
Bern. Qué has hecho?
Monz. Abenyusef te lo diga,
que al galope de un overo
viene tras de mi buscando
al Moro Azarque mi dueño,
que assi te nombré, y que vienes
desterrado de Toledo.
Bern. Suerte dichosa he tenido.
Monz. No tan dichosa, que el perro
es un jayan, y no está
tan en la bolsa el sucesso.
Bern. Qué importa, Monzon, si yo
tengo de mi parte al Cielo?

Monz. Ya se apea del caballo,
y à verte viene resuelto.
Sale Abenyusef con lanza, y adarga.
Bern. El Moro es valiente, y noble. *ap.*
Aben. Guardeos Alá Caballero.
Bern. Bien venido, Abenyusef:
conocesme? *Aben.* Tu escudero
me ha dicho, que eres Azarque,
y que por cierto destierro
dexas tu patria, aunque tu
en tu papel no hablas desto.
Bern. Pues no soy sino Bernardo,
Moro, que à cumplirte vengo
la palabra, y à buscarte
al Carpio: yo soy el mesmo,
que la respuesta te dió
en Leon, y quien pretende
ahora darte à entender
quan diferentes opuestos
somos Godos, y Africanos
aunque nos influya un Cielo.
Aben. Valiente eres, y animoso,
nunca esperé lo que has hecho;
porque venirte à mis manos,
como al iman el acero,
tan bizarro en los peligros,
y tan hallado en los riesgos,
es accion que me ha cogido
de susto todo el aliento.
Bern. El que de Español se precia,
obrando mas, habla menos.
Aben. Si he de pelear contigo
lanza à lanza, y cuerpo à cuerpo,
bien podrás ser mas dichoso,
consiguiendo el vencimiento;
pero mas valiente no.
Bern. Si lo soy, pues solo vengo,
solo à tu casa à buscarte.
Aben. Toma el caballo.
Bern. Haz lo mesmo.
Aben. Presto verás si te igualo.
Bern. Presto verás si te excedo.
Aben. Lastima tengo à tus años.
Bern. Lo piadoso te agradezco.
Vanse los dos, y queda solo Monzon.
Monz. A un golpe de la fortuna
se ha envidado todo el resto:
plegue à Dios, que no perdamos;
mas servirá de consuelo
à toda desdicha, el ver
que con buen punto perdemos.
Ya travan la escaramuza,
ya se buscan, y cubierto
por la mitad del adarga
tercian el robusto fresno.
Valiente, y diestro es Bernardo!
El Moro es valiente, y diestro:
mas vive Dios, que el muchacho
entra, y sale tan ligero,
que dos tiempos executa
primero que el Moro un tiempo.
Ea, valor de Castilla:
bravo golpe! bravo encuentro!
de la silla le ha sacado,
y desnudando el acero,
bizarramente destroza
la cabeza de aquel cuerpo.
Sale Bernardo embaynando la espada.
Bern. Aquesto es hecho, Monzon,
ponte en el caballo mesmo
del Moro, y con su cabeza
en el arzon, ve diciendo
por el Carpio, Santiago,
que del Carpio he de ser dueño.
Monz. Dame essa mano, señor,
que con lo que ahora has hecho
Alcides fue un matamoscas,
una dueña fue Teseo,
y un enano, vive Christo,
fue Aquiles, y callar puedo.
Bern. Haz, Monzon, lo que te mando.
Monz. Santiago al Carpio demos,
y en el caballo del Moro
entraré por él diciendo,
lo que allá en Francia los hijos
de la Barbuda dixeron:
Santiago Santiago. *Bern.* Viva
Alfonso, del Carpio dueño. *vans.*
Salen el Rey, Bermudo, y acompañamiento.
Rey. En esta antigua, y generosa Villa
de Luna, donde à Cortes se han juntado
los Reyes de Leon, y de Castilla,
quiero Bermudo, que quedeis jurado.
Berm. Quien levanta su hechura mas se humilla, (do.
mas vuestro quedo, quando mas honra-
Rey. Este Castillo anciano, cuyas piedras
del tiempo envejecidas peynan yedras,
larga prision, ò sepultura ha sido
del desdichado Conde de Saldaña:
aqui

aqui de su traycion arrepentido,
exemplo vive à la lealtad de España.
Berm. Nunca mas de Bernado se ha sabido;
que su soberbia presumpcion le engaña.
Rub. Se sabe, que en el Carpio retirado,
sirviendo à el Moro, puede dar cuidado.
Rey. Nunca à mi me lo dió; y yo he sabido,
q̃ no solo à quien es Bernardo atiende,
Religioso en la Fé, que ha recibido,
mas q̃ del Carpio la conquista emprẽde:
esto, Conde es verdad, y aunq̃ atrevido,
su libre condicion tal vez me ofende,
como en él sangre mia considero,
quãdo estoy mas ayrado, mas le quiero:
mas qué caxas son estas?

Tocan caxas.

Rub. Al són grave
de un atambor, q̃ los vientos inquieta,
y à la voz de un pifano suave,
que el contrapunto lleva à la baqueta,
Bernardo marcha. *Rey.* Ya sin duda sabe
la verdad, que hasta aqui le fue secreta,
y que en esta prission, viviendo muere
su Padre el Conde, y libertarle quiere.
Rub. Retirate, señor. *Rey.* Qué decís Conde:
Yo retirarme? Mi presencia sola
à Exercito mayor no corresponde?
La autoridad Real, la fé Española
nunca retira el rostro, ni le esconde;
yo solo, vive Dios, he de esperallo,
que no hay valiente, con su Rey, vasallo.

Sale Bernardo marchando, y Monzon con banderas, y cautivos pressos.

Bern. Señor, si tus pies merece
quien tu disgusto ocasiona,
para redimir mi culpa,
te ofreceré una victoria.
Al Carpio llegué, y con una
estratagema dichosa,
à Abenyusef Alcayde suyo,
fiero blason de Mahoma,
saqué à la campaña, adonde
de la mia à su persona,
le dí à entender las ventajas
de nuestra Nacion heroyca.
Cuerpo à cuerpo le dí muerte,
escribiendo con la roxa
tinta de su sangre triumphos
para familia tan Goda,
Con su cortada cabeza
Passé al Carpio (accion heroyca!)
à governar à los suyos;
descerraxé las mazmorras
de los Christianos Cautivos,
y con su ayuda, aunque poca,
gané al Carpio, bien lo dicen,
aunque en moderada pompa
essas Banderas vencidas,
que arrastradas se te postran.
Y aspirando à mayor triumpho,
con esta pequeña escolta
de prissioneros Christianos,
alcanzé feliz, victoria,
de diez y nueve Castillos,
que rendidos me sobornan,
con vassallage, obediencia,
con blasones, vanaglorias.
Todo es tuyo; solo quiero,
porque al olvido se oponga,
el apellido del Carpio,
y con Armas prodigiosas,
los diez y nueve Castillos,
trimpho de mi espada sola.
Rey. Bernardo, sobrino, amigo,
poco hace quien os perdona,
quando vos sabeis ganaros
la gracia con tales obras.
Dadme los brazos, y ya
que sangre mia os abona,
poned un Leon por Armas,
y Castillos por la orla. *Abrazale.*
Bern. Con tal favor, Magno Alfonso,
temblará el Africa toda.
Rey. Abrazad à vuestro primo.
Berm. Honreis, primo, la Corona
de Leon, pues por vos solo
tan grandes aumentos goza.

Sale Doña Sol, y acompañamiento.

Sol. Déme los pies vuessa Alteza.
Rey. Sol, habeisme suspendido:
quien à Luna os ha traído?
Sol. Una eclypsada belleza,
la mas cortés humildad,
la grandeza mas postrada,
la fé mas ciega, y vendada,
la mas ciega libertad.
Sabiendo, señor, tu intento,
quien le venera, y le adora,
que es la Infanta mi señora,

para

para hacer el juramento
poder baſtante me ha dado;
y en fé de que mas ſe humilla,
el derecho de Caſtilla
en Bermudo ha renunciado:
eſta es la renunciacion.

Dale el papel.

Rey. Sol, nunca mas lo habeis ſido,
pues me habeis enternecido.
Bern. Aqueſta es buena ocaſion: *ap.*
Señor, ſi mi lealtad,
en parte alguna te obligas,
ſuplicote, que me digas
aquella oculta verdad,
que ſabes ignoro yo:
ceſſen ya, ceſſen agravios,
y ſepa yo de tus labios
el Padre, que el sér me dió;
que afrentado en mis enojos,
ſiendo Sol la luz que eſtimo,
quando à mirarle me animo,
baxo cobarde los ojos.
Rey. Ambos eſtán à mis pies, *ap.*
y de ambos ſiento el peſar.
Sol, bolvedme luego à hablar;
Bernardo, bolved deſpues.

Vanſe todos, y queda Bernardo, Monzon, y Daña Sol.

Sol. Qué tan poco valga en ti,
invicto Alfonſo, mi llanto!
Bern. Qué en quien tiene de Dios tanto
huya la piedad aſſi!
Sol hermoſa, perdonad,
que del alma, ſi pudiera,
à vos la mitad os diera,
y à la Infanta otra mitad.
Sol. Bernardo, en vueſtros enojos
parte me toca, y no poca;
mas como falta en la boca,
buſco la lengua en los ojos.
Bern. Si vos tambien me encubris
eſte ſecreto, qué aguardo?
Sol. No puedo hablar yo, Bernardo.
Bern. Harto en eſſo me decís.
Sol. Y harto hago en encubrillo.
Bern. Y yo en tener ſufrimiento
en la ſinrazon que ſiento.
Sol. Eſte encantado Caſtillo
encubre lo que buſcais.
Bern. Qué decís? *Sol.* No me entendéis?
deſencantadlo, y veréis
todo lo que deſeais. *vaſ.*
Bern. Monzon, ſin alma he quedado.
Monz. Y yo mucho mas, ſeñor,
porque à quien no dá temor
vér un Caſtillo encantado?
Bern. Vive el Cielo ſoberano,
que ne ha de quedar en él
piedra, cornifa, ò dintél,
que no regiſtre mi mano!
Monz. Sol, ſi eſta nueva nos dais,
por qué tan preſto os poneis?
Bern. Deſencantadle, y veréis
todo lo que deſeais.
Ven, Monzon, que de mi llanto
la ſerenidad es cierta.
Monz. Yo me quedaré à la puerta
mientras vences el encanto.
Bern. Qué poco eſtimas los gozos,
que yo he de partir contigo!
Monz. Nunca, ſeñor, fuí yo amigo
de encantados calabozos.
Bern. En vano, Monzon, procuras
quedarte: paſſa adelante.
Monz. De que Caballero andante
ſe encuentran mas aventuras?
Bern. Sol lo dixo, y pues lo es tanto,
que deslumbra mi fortuna,
entro al Caſtillo de Luna
à deſcifrar eſte encanto. *vanſe.*

Sale el Conde de Saldaña con barba cana, y cadena, mal veſtido, como que vá à tientas.

Cond. Deſdichada ſuerte mia,
haſta quando has de durar?
Noche, acaba de paſſar,
llegue de mi muerte el dia.
Noche es la Noruega fria,
de mis ojos muerte ayrada,
como eres tarda, y peſada?
Mas debes de ſer muger,
muerte, pues mas quieres ſer
temida, que no rogada.

Arrimaſe el Conde, y Salen Bernardo, y Monzon con las eſpadas deſnudas.

Bern. Monzon? *Monz.* Señor?
Bern. Haſta aqui
la luz del Sol me alumbraba.
Monz. Eclypsóla mi deſdicha;
aqui ſus rayos no alcanzan.

Bern. Qué obſcuridad! *Cond.* Ay de mi.
Bern. Valgame Dios! *Mon.* Qué encantada
voz! Santa Clara bendita,
ſi ſeis por Clara avogada
de obſcuridades, lo claro
de vueſtro nombre me valga.
Cond. Triſte de mi, ſin ventura!
Monz. Cadenita nos arraſtra?
Moro encantado tenemos.
Bern. Ardientes ſuſpiros lanza,
y triſtes lagrimas vierte.
Monz. De eſta manera lloraba
aquel cautivo en Orán,
en la diſierta campaña;
mas aqui, ſeñor, yo pienſo,
que dos mil demonios andan.
Bern. Vive Dios, que he de ſaber
quien ſe quexa, ò por que cauſa.
Cond. Quando entré en eſte Caſtillo
apenas tenia barbas,
y ahora por mi deſdicha
la tengo crecida, y cana.
Olvidado eſtoy ſin duda;
pero del que eſtá en deſgracía
de ſu Rey, todos ſe olvidan,
hasta ſu ſangre le falta.
Qué bien ſe vé, pues mi hijo,
ſiendo prenda tan del alma,
con tanto deſcuydo vive,
con tanto olvido me agravia!
Valiente me dicen que es
los Monteros, y los Guardas,
que dicen ſus valentías,
y me cuentan ſus hazañas.
Bern. Azia aqui, ſino me engaño,
leve una voz ſe eſcuchaba.
Cond. Ay, hijo del alma mia!
ſombra he quedado, y fantaſma
de eſtas obſcuras tinieblas,
de eſtas lobregas moradas.
Monz. Fantaſma dixo, qué eſperas?
quien os mete con fantaſmas?
Bern. Quien eres, ſombra, ò viſion,
que atemorizas, y eſpantas?
De qué agravio te lamentas?
De qué ſin razon te agravias?
Cond. Quien es el que lo pregunta?
Bern. Quien piſando horrores llama
à los peligros, ſe atreve
à poner aqui las plantas
de eſte encantado Caſtillo;
porque le importa à ſu fama
ſaber lo que en él ſe encierra;
Cond. Si eſſa inclinacion gallarda
la tuviera un hijo mio,
no fueran mis penas tantas.
Bern. Haced cuenta que lo ſoy,
y decidme lo que os falta,
que vive Dios, que deſcienda
de un rieſgo en otro à la eſtancía
del abyſmo, y que encadene
aquel monſtruo de tres caras,
con los hierros que le afligen,
y vueſtro encanto deshaga.
Cond. No eſtoy encantado, no,
muerto ſi, que es mas deſgracia.
Monz. Muerto dixo? Aqui del miedo;
aun peor eſtá, que eſtaba.
Cond. Poſſible es, que no ſabeis
mi hiſtoria, quando en Eſpaña
es tan pública, que ya
haſta los niños la cantan?
Bern. Que yo la ignoro confieſſo.
Cond. Entre otras pobres alhajas
ha de haber aqui una ſilla;
Sientaſe.
ſentaos, la oiréis, que no es larga:
Muchos años ha (que muchos
ſon los que en priſſion ſe paſſan)
que en aqueſtos hierros vivo,
ſiendo otros yerros la cauſa.
Aunque ſi yerros de amor
ſe diſculpan en quien ama,
nunca en generoſos pechos
cupieron tantas venganzas.
Verdad es, que de mis penas,
la mas crecida no iguala
al menor bien que gozé,
que aunque todas las paſſadas
glorias parecen menores,
las mias no ſe comparan
con las demás, porque fueron
mas allá de la eſperanza.
Volé al Sol (qué atrevimiento!)
llegué al Sol (qué libres alas!)
fuí invidiado (qué peligro!)
caí del Sol (qué deſgracia!)
Fuí yo en mis años primeros
muy dichoſo con las Damas;
que era muy galan decian:

Ay Dios, como se engañaban!
Puse los ojos en una,
que por lo menos fue hermana
del Rey de Leon el Casto:
aqui la memoria acaba;
perdonad, que me enternezco
en tratando de la Infanta.
Bern. Descansad, que con el llanto
los afligidos descansan.
Cond. Merecí favores suyos,
y resultó de esta causa
un hijo, que ahora: ay de mi!
con qué ingratitud me paga
el sér que le dí, pues nunca
se ha acordado de mis canas!
Serví al Rey contra los Moros
de Toledo, y Calatrava,
ganando muchas victorias,
venciendo muchas batallas;
porque peleaba amor
con el afecto, y las armas.
Las mercedes que me hacia,
à mis amigos las daba,
para emmudecer la invidia,
si hay precio que tanto valga.
Vendióme, al fin, un traydor,
que era el mismo, que criaba
mi hijo, zelozo en fin,
que zelos lealtad no guardan.
Descubrió al Rey el secreto,
y con unas falsas cartas
à este Castillo me embia,
donde rigoroso manda,
que en él me saquen los ojos,
y que en essa prission vaya,
como el gusano de seda,
con mi llanto, y con mis ansias,
labrando para la vida
el sepulcro, y la mortaja.
Pero lo que mas me aflige
en penas tan dilatadas,
es, que la sangre en mi hijo,
ni le incita, ni le llama,
ni de mi prission se ofende,
ni de mi olvido se agravia.
Sobrino le llama el Rey,
y pienso que esta es la causa,
que le obliga à este desprecio:
pues vive Dios, que se engaña,
que si es noble, por mi es noble;
si es valiente, de mi espada
heredó la valentía:
si las Lunas Africanas
pone à sus pies, de mi historia
son capitulos que arranca,
parrafos, que deletrea,
y clausulas, que traslada.
Enojado estoy: ay, hijo!
perdona, si mis palabras
te ofenden; y vos, señor,
perdonadme, que me saca
de la modestia el pesar;
pero la vejez me salva.
Bern. Puede ser que vuestro hijo
viva en la misma ignorancia
que yo, que nunca he sabido
de quanto decís palabra:
Como se llama? *Cond.* No sé,
yo no sé como se llama,
que solo el nombre de hijo
tenás la memoria guarda.
El Carpio ha ganado ahora,
y fuera mejor ganancia
dar libertad à su Padre,
ò à lo menos, procurarla.
Bern. Ay, Padre del alma mia!
Llegó el desengaño al alma;
mas hasta saber quien es,
hagan los efectos pausa,
y al silencio de los labios
mueva el corazon las alas:
podré yo saber quien sois?
Cond. Notable es vuestra ignorancia,
pues mi nombre no sabeis;
el Conde soy de Saldaña.
Bern. Dexa Padre generoso,
que en su llanto se deshaga
à tus pies un hijo indigno.
Cond. Quien decís? Aqui se acaba
mi vida, que del contento
tal vez la alegria mata.
Bern. Bernardo tu hijo soy.
Cond. Bernardo, hijo que el alma
se me acabó de alegrar;
ay hijo de mis entrañas!
Ya estarás hombre?
Bern. Y tan hombre,
que à saber esta ignorada
verdad, hubiera deshecho
piedra à piedra la muralla

desta

desta prission, por librarte;
y aunque el respeto importara,
mas que del Rey tengo quexa
de ti, porque la callabas,
quando la sangre en mi pecho
me lo dixo veces tantas.

Monz. Y Monzon, tambien, señor,
vá pelechando, aunque anda
à pleyto con sus vigotes,
porque de tan mala gana
salen, que barba à lo tigre,
un pelo aqui, y otro en Francia.

Cond. Hijo Monzon, aqui estáis?

Monz. Si señor, la mano alarga,
tentarás unos vigotes
sietemesinos, que aguardan
un Barbero del Japon,
con Indianas Esperanzas;
y por ello pienso, que
les han quemado en estatua.

Bern. A deshacer este encanto
entré aqui, y porque deshaga
encanto, y agravio à un tiempo,
oy, à pesar de las Guardas,
Aquiles de aquestos hombros,
saldrás de prission tan larga.

Cond. No, hijo, no quiero; yo
con el amor os culpaba:
sin que lo consienta el Rey,
ni aun la libertad me agrada.
Pedidsela vos, Bernardo,
que de los Reyes la gracia,
con la ingratitud se pierde,
y con los ruegos se gana.

Monz. Señor, el Rey, Don Bermudo,
Doña Sol, Don Rubio, y hachas,
una procession con otra
de picas, y de alabardas,
van entrando.

Cond. Ay de mi triste!
muerto soy, sobresaltada
la vida, entre dos estremos,
se apresura, y se desmaya.

Salen el Rey, Doña Sol, Bermudo, D. Rubio, y acompañamiento con hachas.

Rey. Retiraos, dexadme solo,
y porque nadie se salga,
echad Alcayde, el rastillo.

Bern. Con que tu lo mandes basta,
que para prender leales,
rastillos son las palabras
de los Reyes; mayormente
quando al filo desta espada,
ni herrada puerta es defensa,
ni fuerte rastillo es guarda.
Alfonso, Rey de Castilla,
y de Leon, à quien llaman
el Casto, pluguiera al Cielo,
que nunca te lo llamáran,
pues es virtud, que en los Reyes
la succession embaraza.
Yo soy Bernardo del Carpio,
y yo nací de tu hermana
la Infanta Doña Ximena,
y del Conde de Saldaña.
Esta verdad me has negado,
y aunque sobrino me llamas,
no es buen parentesco aquel
adonde el Padre se calla.
Yo le hallé en este Castillo,
à quien encantado llaman,
quizá porque tu, señor,
en él à mi Padre encantas.
A rescate te lo pido,
mira quantas Africanas
cabezas quieres por él;
y si aquesto no te agrada,
y en tu Reyno esta moneda,
por forastera, no passa,
Banderas, Villas, Castillos
te ofrezco; quede assentada
en tus libros la razon;
que como mi Padre salga
de la prission, el valor
de Bernardo lo afianza.
Mas si cruel me le niegas,
aun bien, que à puerta cerrada
nos hallamos: vive Dios,
que de quantos te acompañan
no ha de quedar hombre vivo,
empezando mi venganza
por algun cobarde amigo,
que traydor me escucha, y calla.
Y quando me haya vengado,
pondré, señor, à tus plantas
mi cabeza, porque veas,
que à la obediencia no falta.

Rey. Cesse, Bernardo, el enojo,
bolved la espada à la bayna,
que à daros à vuestro Padre

entré

entré aqui, y à que la Infanta
ſea ſu eſpoſa, y vos quedeis
legitimo à fuer de Eſpaña.
Bern. A fuer de eſclavo ſeñor,
mi boca à tus pies ſe eſtampa:
Conde, y ſeñor; mas qué es eſto?
muerto eſtá. *Rey.* Qué decis? *Bern.* Baſta,
ò que le mató el contento,
ò el reſpeto de que entrabas.
Rey. Miradlo bien. *Bern.* Marmol frio
yace en cadenas peſadas:
ha buen Conde Sancho Diaz!
ha buen ſeñor de Saldaña!
Rey. La mano, aun deſpues de muerto,
ſe la ha de dar à mi hermana.
Bern. Retiraos todos, que quiero
cortar priſſion tan peſada
con el luſtre de mis glorias,
ò el filo de aqueſta eſpada:
Sol, vueſtro eſclavo es Bernardo.
Sol. Soy dichoſa. *Monz.* Porque vaya
la ſoga tras el caldero,
yo me caſaré mañana
al inſtante. *Bern.* Y el baſtardo
de Caſtilla en eſto acaba.
Monz. El caſamiento en la muerte,
el talamo en la mortaja,
y à un tiempo exequias, y bodas,
que eſto hace quien ſe caſa.

FIN.

Con Licencia. BARCELONA: Por JUAN SERRA y NADAL, Impreſſor en la Calle de Santa Ana, donde ſe hallará eſta, y otros diferentes Titulos.

A Coſtas de la Compañia.

JUAN MUÑOZ Y COMPAÑÍA, EDITORES

LA SULTANA LOCA

NOVELA HISTORICA

POR

DON JULIAN CASTELLANOS Y VELASCO

Cuaderno 17.—Ocho entregas, 64 páginas.

PRECIO, DOS REALES

MADRID
ADMINISTRACION: CALLE DE LA ESGRIMA, NÚM. 2, 2.° DERECHA
1881